

A romantic couple embracing outdoors. The man is wearing a light blue shirt and the woman is wearing a white lace dress. They are smiling and looking at each other. The background is a lush green forest.

Amor
ORTODOXO

JULISSA SÁNCHEZ ARIAS

Amor ortodoxo

Julissa Sánchez Arias

Copyright © 2020 Julissa Sánchez Arias

Todos los derechos reservados.

Dedicatoria

Este libro lo dedico a mi familia quienes a pesar de que no tienen ni la más remota idea del contenido de este texto, siempre me han apoyado incondicionalmente en mis metas como escritora. Asimismo, quiero reconocer a mis amigos y a aquellos que me han apoyado con bellas palabras de ánimo por medio de las cuales, tras un largo periodo de miedo, he logrado vencer mis dudas y embarcarme en el mundo de la autopublicación.

Contenido

Agradecimientos	i
1 Capítulo introductorio	9
2 No seré famosa por cinco minutos	11
3 De regreso al convento	19
4 Vacaciones infernales	27
5 Mi sexy fanático	35
6 ¿Lágrimas por desprecio?	43
7 Propuesta	49
8 El amor ha tocado mi puerta	57
9 Amarga realidad	63
10 Mi dolor	69
11 Speak now	77
12 Epílogo	87

Agradecimientos

A mis familiares, amigos y conocidos, gracias por todo su apoyo y sobretodo, por la confianza que han depositado en mis locas ensoñaciones.

A aquellos que le han dado una oportunidad a esta novela, mi más profunda gratitud. A la verdad, quizás esta historia sea corta y probablemente no sea la mejor ni tampoco la más popular, pero ustedes, cada uno de los que se han planteado adquirir estas páginas, les aseguro que le han brindado a mi pequeña creación, un valor incalculable ante mis ojos.

1 Capítulo Introductorio

Lo que estoy haciendo es estúpido, pero no puedo dejar que esto suceda. No renunciaré a él. He tomado una decisión difícil y no me retractaré.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Evitando que hagas una tontería de la cual te arrepientas por el resto de tu vida. —La tristeza se apodera de sus ojos y dice—: Sé que debes estar dolido y te entiendo porque yo me siento igual. Ambos dijimos cosas que no debíamos y soy consciente de ello pero, no puedes dejarte llevar por el enojo y hacer una idiotez como ésta.

—Debes irte.

—No me voy a ir. Tú y yo no podemos terminar.

—No quiero ser grosero. Por favor, vete —menciona dándose media vuelta para colocarse frente al espejo y atar su corbata—. Tengo una ceremonia a la cual asistir.

—¿Por qué no puedes hacerlo? ¿Por qué no puedes amarme como soy? ¡Deja de tener un amor ortodoxo!

Grito, pero no me contesta. Él sigue arreglando su traje. No voltea a verme, ni siquiera se inmota a pesar de que nota que su distancia emocional me afecta en demasía.

—¿Conoces la canción «*Speak now*» de Taylor Swift?

—¿Te volviste loca? —Pregunta pues aparentemente, mi indagación no está relacionada al caso en cuestión.

—No, hablo muy en serio —respondo con seriedad—. Contéstame.

Se voltea y me mira sorprendido. Suspira y finalmente dice:

—Sí, la conozco.

—Bueno, entonces debes saber que el coro dice así: No digas sí, escapa ahora, te veré cuando estés fuera de la iglesia, en la puerta trasera. No esperes, o digas un sólo voto, necesitas escucharme.

—¿Y?

—Aún puedes arrepentirte y escapar. Si no lo haces, haré una locura. —Sonríe—. Te daré una oportunidad. Puedes ir al templo y explicarle todo a tu novia. Te esperaré en la puerta trasera de la iglesia para que volvamos juntos. Te amo y sé que tú también a mí.

2 No seré famosa por cinco minutos

Él besa el área de mi clavícula con desesperación, en tanto sus manos se pasean por mis piernas y mis senos.

Suelto un gemido y cierro los ojos para que mis sentidos cobren más fuerzas.

Lo que deseo es relajarme, perderme en este mar de sensaciones, dejar de preocuparme por los problemas que tengo y conseguir un minuto de sosiego. ¿Alguien me puede culpar por esto? Supongo que no. Después de todo, ¿no dicen que a más sexo menos estrés?

—Eres una diosa —susurra en mi oído—, una completa belleza.

Sonrío y como no quiero seguir perdiendo el tiempo, lo ayudo a quitarse la poca ropa que le queda. Coloco mis manos en su pantalón, desabrocho el botón y bajo su cremallera.

Minutos después, ambos estamos completamente desnudos y he de admitir que me gusta el físico y el hermoso cabello rubio del hombre con el que estoy.

—Me encantas demasiado. Te haré mía de una vez.

—Eso es lo que quiero —pronuncio coqueta.

Mi acompañante, cuyo nombre es Roger, coloca sus grandes manos en mi cintura y mucho antes de lo pensado, entra en mí. Él comienza a moverse y con cada uno de sus movimientos, me hace sentir menos estresada. Pese a ello, aún le hace falta mucho para complacerme.

—Eres la mejor mujer del mundo.

Su comentario hace que en mi rostro se forme una sonrisa de satisfacción y es que, ¿a quién no le gusta un cumplido de esa índole? A mí me fascina y más aún, cuando los hombres están tan excitados como lo está Roger ahora.

Deposito un beso en sus labios y él acelera su vaivén de caderas. Por mi parte, me sujeto a él con fuerza y tras un tiempo, mi amante gruñe mi nombre y llegamos juntos al orgasmo.

Cuando hemos terminado el acto sexual, Roger rueda de sobre mí y se coloca a un lado, sobre mi cama. Posteriormente, me abraza, acaricia mi espalda desnuda y me da varios besos en el cuello y en el rostro. Esto me hastía, pero trato de no demostrárselo, aunque parece que fallo pues él suspira, se levanta y empieza a vestirse.

—Fue el mejor sexo que he tenido en mi vida —menciona Roger mientras se coloca los pantalones—. Susan, eres increíble.

No comparto la misma opinión con Roger respecto a lo que hemos hecho. Obviamente fue el mejor sexo de su vida pero, no el mío. He estado con muchos hombres y no pienso decirle: «*Lo siento, para mí, en cambio... He tenido mejores, no eres la gran cosa*». Así que, disimulo que no escuché nada y empiezo a vestirme.

Al momento en que estoy colocándome el sostén, siento que él acerca a la cama y me da un último beso.

—Susan, espero que volvamos a tener noches así. Llámame cuando puedas.

Sin decir otra cosa, él sale de mi habitación y de mi apartamento. Aunque, deja su tarjeta con su número de teléfono en el buró para concertar otra cita.

—Roger Kardiner, asesor financiero de industrias Langfeld. —Leo para mí misma, sosteniendo la tarjeta de presentación entre mis manos—. El sujeto es importante.

Empiezo a reírme. Lo que menos pensé cuando lo conocí, hace un par de horas en la discoteca, fue que era un hombre importante. Es decir, parecía un hombre próspero, pero no para tanto. Además, a diferencia de otras personas, yo no les pido a los hombres con los que me acuesto sus datos laborales y de finanzas. Sexo es sexo y punto. No soy ninguna caza fortunas; sé ganarme el dinero a punta de trabajo.

Observo el reloj de mi habitación y a pesar de que es tarde, ya que son las once de la noche, me dirijo a mi estudio. Ahora, me siento con menos tensión en mis hombros; no tengo tiempo para dormir, tengo mucho en qué trabajar.

Me siento en mi fino escritorio francés, enciendo mi computadora y abro el documento de Word donde está el manuscrito de mi novela y las correspondientes revisiones que he marcado para trabajar. Sujeto mi libreta de apuntes y trato de reescribir el primer capítulo ya que aún no me siento contenta con lo que tengo escrito.

—Habían pasado tres años desde que Ainara había... Ella había... —Tomo una pausa—. Esto es absurdo, ni este ni el anterior es un buen comienzo para un libro.

Los deseos por tirar la libreta contra la pared se acrecientan en mí así como la frustración que me ha seguido durante días, pero rápidamente son apagados por el sonido de mi celular.

Dirijo mi mirada hacia el sofá donde está el teléfono y mi primer impulso es ignorarlo para concentrarme en mi misión. Así, respiro profundo y continúo.

—En lugar de esto, debería iniciar con una escena simple pero impactante que deje a mis lectores con deseos de seguir pasando las hojas. —Prolongo mi monólogo y añado—: Ella podría presentarse en la noche y...

El celular suena una y otra vez, interrumpiendo mis pensamientos. Ahora, en lugar de fastidiarme únicamente por la novela, el maldito celular también se suma a provocarme dolor de cabeza.

—¡Demonios! —Grito enfurecida mientras arrojo la libreta y los lápices al suelo—. ¿Por qué no puedo? ¡Esto es un asco! No se me ocurre nada y para empeorar ese maldito celular... ¡Juro que le gritaré sus verdades al idiota que me está llamando a estas horas!

Me levanto y camino hacia el sofá que se haya a unos tres metros de distancia y contesto sin ver de quién es la llamada.

—¿Cómo se le ocurre llamarme a esta hora?! —Expreso enfadada—. ¿Acaso no sabe qué hora es?!

—¿Cómo se te ocurre hablarle de esa forma a tu madre?

—¿Mamá? —Digo sorprendida.

—Sí, soy yo. Te eduqué como una mujer respetuosa y, ¿me hablas de esa forma tan grosera e irrespetuosa?

—Perdón —pido y trato de defenderme—, no sabía que eras tú.

—Aunque no supieras que era yo, esa no es manera de hablarle a nadie.

—Lo sé, pero yo no sabía que eras tú. —Trato de excusarme nuevamente—. Es muy tarde y estaba dormida, por eso me enfadé y contesté de esa manera. Sabes que no soy así.

—Está bien —contesta con más tranquilidad—. Discúlpame hija pero, estaba preocupada por ti. Hace cinco días que no me contestas el teléfono.

El tono de voz de mi madre cambia del enojo al de preocupación y me ha hecho recordar lo idiota que he sido. ¿Por qué no le contesté a mi madre? Ahora tendré que escuchar durante media hora, lo mala hija que soy.

—Discúlpame mami, pero he estado muy ocupada en el trabajo y no había podido...

—¿Ocupada? Soy tu madre y me alegra que trabajes pero no puedes tenerme así.

—Lo sé. En verdad discúlpame. No lo...

—Pensé que te había sucedido algo malo. Vives en Nueva York, alejada de tu familia. Me da miedo que algo malo te pueda pasar. Hoy en día, no puedes salir a la calle tranquila, pueden asaltarte, violarte, secuestrarte o asesinarte.

Las paranoias de mi madre me provocan ganas de reír y sin darme cuenta, termino soltando una carcajada.

—¿Quién me haría algo así? —Río sin poder controlarme—. Mamá, te aseguro que estoy perfectamente bien.

—No te rías, es algo que a cualquiera le puede suceder y más a ti.

—¿A mí? —Pregunto divertida.

—Sí, a ti. Eres una mujer famosa además de hermosa y todo el mundo te conoce.

—Mamá, todo está bien. Mejor dime para qué me llamabas.

—Eso te lo digo después, primero te diré todos los peligros que enfrentas.

Suspiro y empiezo a escucharla sin poder tomar otra opción. Es más, no me quejo porque al fin y al cabo, fue mi culpa. Debí saber que si me reía y le seguía el juego, ella iniciaría con su conversación sin fin.

Me tiro en el sofá de color negro en tanto escucho a mi madre.

Nada de lo que expresa mi progenitora me asombra. Siempre he sabido que es muy ingeniosa y tiene una imaginación prolífica respecto a pensamientos catastróficos. Por lo visto, de ahí saqué mi talento para inventar cosas.

Reconozco que parte de lo que menciona es verdad porque el crimen está al orden del día. Sin embargo, creo que exagera. Pueda que yo sea alguien famosa y que mi nombre sea reconocido en el mundo, pero no es como si por eso, corra más riesgo que otras personas. Sí, soy hermosa y tengo un físico envidiable, más no es como que alguien me quisiera hacer daño por ese único motivo. No es que sea simplista, pero siempre he considerado que las probabilidades de que alguien me robe, secuestre o viole, es igual a la de cualquier otra persona en este planeta. Además, no creo que algún sujeto sea lo suficiente estúpido como para atentar contra mi humanidad y si esto ocurriese, pobre del individuo; si hay algo que aprendí a hacer de forma excelente, fue a defenderme al aprender karate a los dieciséis años.

—Mamá, ya te entendí. —Señalo para no perder más el tiempo con sus regaños—. No volveré a contestar el teléfono de esa forma y me cuidaré para que nadie me haga daño, ¿de acuerdo? —Ella musita un «Sí» que me permite redirigir la conversación—. Dime, ¿para qué me llamabas?

—¿Tengo que tener un motivo para llamar a mi hija menor?

—No, mamá. —Suspiro de nuevo—. Pensé que era para algo en particular.

—En realidad sí. Te llamaba para saludarte, saber cómo estabas y sobretodo, para preguntarte

si te puedes tomar unas vacaciones.

—Ya te dije que estoy demasiado ocupada.

—¡Susan Alexandra Mowrer! —Grita mi nombre completo enfadada—. ¿Tu trabajo es más importante que tu familia?

—Claro que no.

—Regresa —expresa suavizando su voz—, necesitamos verte.

La conversación ha empeorado y por ello, be levanto del lecho y coloco mi mano en la cabeza, buscando la forma de negarme a la petición de mi madre.

—Te lo he dicho anteriormente, tengo mucho trabajo y...

—Hace tres años que no te abrazo, quisiera estar contigo.

—Yo también, mamá. —Respiro profundo y me propongo decirle—: Mi trabajo como escritora es muy cansado, tengo que...

—No obstante, no has publicado nada desde hace dos años.

Mi pecho me duele. Mi madre me ha golpeado en la situación que más me atormenta. Si esto me lo hubiera dicho otra persona, no sé qué haría.

—Sé que no he publicado nada pero, ha sido porque he estado ocupada realizando entrevistas para los medios y dando conferencias de prensa. Por si no lo recuerdas, mi libro es un bestseller y se ha vendido por casi todo el mundo, ha sido traducido a más de quince idiomas y se han vendido millones de copias.

—Lo sé, cálmate.

—¡No me pidas que me calme! He trabajado muchísimo. Fue difícil que una editorial aceptara publicar mi libro y...

—Sé que has trabajado mucho...

—Sí, lo he hecho.

—Hija...

Trato de tranquilizarme. Me encantaría decirle que tengo la oportunidad de publicar otro libro, pero me resisto ya que lo ella haría, sería contarle a todas las personas que conoce y no puedo permitirme eso pues aún no he terminado la reedición del manuscrito, sigo haciendo revisiones y añadiendo escenas a los primeros capítulos. La noticia del nuevo libro no es oficial.

Decido terminar la conversación.

—Mamá, me siento cansada. Te llamaré mañana.

Termino la llamada con rapidez y suelto un enorme suspiro. Vuelvo a tirarme en el sillón pues mi dolor es demasiado. Mi propia madre me he recordado mi pesadilla: Ser famosa por cinco minutos y luego, ser olvidada entre las sombras.

Me siento harta, completamente extenuada y quisiera salir corriendo.

Han transcurrido dos semanas desde que mi mejor amigo y director editorial, Arthur Heider, me informó que la editorial con la cual trabajo, había aprobado la publicación del manuscrito de la segunda parte de mi libro «El despertar del Fénix». La emoción me invadió en ese momento. Luego de publicar mi primera historia, mi sueño se trasladó a publicar la segunda parte de mi novela pero, la alegría no me duró mucho ya que luego el miedo se apoderó de mí.

No he logrado sentirme tranquila. Jamás pensé que pasaría esto. El manuscrito del volumen está aprobado, pero pedí que me lo devolvieran porque siento que le hace falta algo. He editado y añadido varias escenas más no estoy conforme. Estoy tan mal que en una que otra ocasión, he sentido el deseo de quemar el manuscrito.

A lo anterior, debo añadir que hace un par de días desperté histérica ya que había tenido la peor pesadilla de mi vida. Aquella noche, soñé que estaba en la calle, sola y que nadie recordaba

mi nombre y mucho menos mi obra. Al caminar por una avenida en la cual había una enorme librería, me aventuré a preguntar si aún había un ejemplar en ese lugar pero, no lo había.

—No quiero que mi mayor miedo se cumpla. No quiero que en un par de meses mi nombre sea borrado de la memoria de las personas y que no exista ni un ejemplar de mi obra —hablo conmigo misma—. No quiero ser como muchos escritores que sólo publican una obra y luego se pierden en las sombras. Tengo miedo de haber perdido mi talento.

Me doy cuenta de mi error y de las lágrimas que afloran de mis ojos.

Para evitar que mi mente se hunda más en el negativismo, camino hacia la cocina, abro el grifo y me lavo la cara.

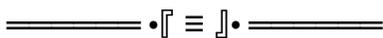
De lo único que estoy segura, es que necesito encontrar inspiración pronto. No sé de donde sacaré el empuje ya que por lo visto, ir de compras, salir con amigos e inclusive el sexo, no me inspiran ni un poco.

Me lavo la cara nuevamente y me doy cuenta de algo. No estoy confiada en que resulte bien, pero no pierdo nada con intentar lo que una vez escuché y miré en la televisión.

—No ser famosa por cinco minutos. No ser famosa por cinco minutos. No ser famosa por cinco minutos.

No pasa mucho tiempo antes que me percate de lo estúpido que es repetir algo para que entre en tu inconsciente y uno mismo lo vuelva realidad.

El enfado se apodera de mí y como sé que obviamente no me dejará escribir esta noche, me voy a la cama, esperando al menos, lograr descansar.



El sonido del maldito celular me despierta. En definitiva, estoy pensando en deshacerme de él.

A diferencia de anoche, para evitarme un drama a tan tempranas horas de la mañana, miro el nombre de la persona que me llama.

—Te advierto que estoy con un pésimo humor —declaro en cuanto enlazo la llamada—. Así que, espero que me llames para algo importante y no, para una tontería.

—Ni siquiera un «Buenos días». Tu humor debe ser de muerte.

—Por supuesto que será de muerte, pero para ti. ¿Qué quieres, Arthur?

—¡Qué humor! —Se mofa—. Eres todo un ángel oscuro.

Me doy vuelta en la cama y respiro profundo,

¿Por qué no se da cuenta que cometeré homicidio si sigue con sus bromas? No eligió un buen día para hacerse el gracioso.

—Ya que estás de mujer malvada, seré breve: Te necesito en la editorial. ¡Ahora mismo!

—No puedo.

—¿Por qué?

—Estoy cansada.

—¿Mucho sexo? —Pregunta riéndose—. ¿Cuántas veces lo hiciste? ¿Con cuántos estuviste anoche?

—¿Qué te sucede? ¡No soy una ninfómana!

—Sí, claro —responde divertido—. Como sea, te necesito ahora mismo. Hay algo que debemos tratar acerca del segundo libro.

—Está bien —digo de mala gana mientras me levanto de mi lecho—. Estaré ahí en una hora.

—Te necesito en veinte minutos.

Niego, coloco mi celular en alta voz y para llevarle la contraria, me acuesto de nuevo y me cubro con la sábana.

—Lo siento, pero aún estoy en mi cama.

—Levántate y ven.

—¿No lo entiendes? Debo bañarme y cambiarme de ropa antes de ir a la editorial. ¿Lo tomas o lo dejas?

Hay una breve pausa. Arthur no pronuncia palabra alguna.

—Tienes suerte de ser mi mejor amiga, de otra forma tendrías serios problemas. Te espero en una hora. Ni un minuto más, ni un minuto menos.

Sonrío porque en parte, he ganado la batalla. Corto la llamada y me apresuro a entrar al baño para ducharme. A continuación, salgo y me coloco un Jean negro ajustado y una camiseta roja; bajo al estacionamiento y me subo a mi automóvil.

Antes de encender el motor, medito en lo que probablemente Arthur quiera hablar conmigo. Sólo espero que no sea nada que me haga sentir peor de lo que estoy.

3 De regreso al convento

Al llegar a la editorial, todos me reconocen y no se detienen ni un segundo a pensar en mi identidad. Después de todo, soy la sensación del momento, la escritora estrella.

Subo por el elevador y llego a la puerta de la oficina de mi gran amigo.

Trago grueso. No puedo evitar sentirme ansiosa. Pero lo que antes de entrar, me concentro en mudar mi semblante. No quiero preocupar a Arthur.

Respiro profundo y sitúo en mis labios, la mejor de mis sonrisas.

—¡Hola Arthur! —Digo al sentarme en una silla frente a su escritorio.

—Somos amigos pero, al menos deberías tocar antes de entrar.

—¿Por qué? Dudo que estuvieras teniendo sexo.

Le dedico a Arthur una sonrisa mientras me quito de la silla y me siento de piernas cruzadas en su escritorio.

—Por supuesto que no, pero pude haber estado atendiendo un cliente.

—Tu secretaria dijo que estabas solo, por eso entré.

—Tienes demasiada confianza.

—Si no la tuviera, no sería una estrella —señalo divertida.

—A propósito «estrella» ¿Cómo va la edición del manuscrito?

Hago mi cabeza hacia atrás. Mi momento de molestar a Arthur ha terminado al él, tirarme un vaso de agua fría directo a la cara.

Trato de disimular un poco y me dirijo al enorme ventanal de la habitación.

—La vista es espectacular —digo en tanto aprecio desde el décimo piso, el panorama y agrego—: Me encanta tu oficina.

—Aún no has editado el escrito, ¿verdad?

Arthur me ha leído por completo y como comprendo que no puedo dar largas al asunto, volteo mi mirada hacia él y observo sus ojos negros.

—No —declaro sin más—, no he hecho absolutamente nada.

Mi amigo niega y se alborota su cabello negro. Despacio, se acerca a mí y coloca sus manos en mis hombros.

—¿Qué te sucede? Me preocupas —explica con un pesar que se nota en su semblante—. Hace

dos años y medio, cuando me diste a revisar el manuscrito de tu obra, me dijiste que querías escribir una trilogía y que tenías muchas ideas para el segundo y tercer libro. Por esa razón, y porque tenías el manuscrito del segundo volumen en tus manos, se aprobó la publicación de éste. Susan, ¿entiendes lo que pasa? Ya se ha admitido el segundo volumen de tu obra y asustas a la editorial con tu brillante idea de que aún quieres hacer cambios cuando la novela, difícilmente puede ser mejor porque ya la consideramos perfecta.

—Sí, reconozco que mi decisión es extraña, pero no estoy satisfecha con...

—Tú no eres así —certifica él—. Susan, me inquieta tu actitud. No quiero que arruines todo por lo que has trabajado. Y, no lo digo como editor, sino como tu amigo.

Me quedo en silencio ya que no tengo ni la menor idea de qué responder. Me limito a bajar la mirada y en pensar en mis últimas acciones que a como menciona Arthur, son todo, menos lógicas.

A la verdad, no estoy satisfecha con mi trabajo creativo. Quizá sea porque mis miedos están apoderándose de mi ser y me limitan, pero creo que todo el manuscrito es un verdadero desastre. Probablemente estoy equivocada, porque no sólo Arthur sino otros editores han tratado de convencerme de que he escrito otro bestseller, más no me siento tranquila.

Tengo miedo a fracasar y que mis lectores piensen que hubiera sido mejor que «El despertar del Fénix» hubiera terminado en un solo volumen, pero, ¿cómo se lo explico a Arthur? ¿Cómo le manifiesto mis temores a alguien que sólo revisa libros? Él no podría entender mis pesares.

—¿Qué sucedió con ésa Susan que confiaba tanto en sus escritos?

—No lo sé —menciono mientras hago mi cabello hacia atrás, mostrando mi perturbación y sincerándome con él—. De lo único que estoy segura es que todas mis ideas no me parecen apropiadas y las que se me ocurren, se escapan rápido de mi mente. No estoy contenta con el manuscrito actual. Tengo noción de qué editar, pero no sé cómo.

—Esto es normal en los escritores, sólo estás pasando un momento de estrés. Te aseguro que cuando este tiempo termine, entenderás que lo que ya tienes, es perfecto.

Mi pecho se comprime y las lágrimas afloran en mis ojos castaños.

—¡Esto no es estrés! Mi talento se esfumó.

—No seas tonta —dice mientras me abraza—. El talento no se esfuma.

—Se esfuma —contraataco.

—No, no se esfuma. El estrés y la ansiedad te están bloqueando el juicio. Necesitas relajarte y yo te ayudaré en eso.

Me alejo de su abrazo y lo examino con la mirada.

—No quiero sexo, gracias. Ya probé eso y no me ayudó. —Señalo cabizbaja—. Además, nunca he tenido ese tipo de pensamientos contigo. No te ofendas, eres atractivo, pero no quiero nada más que un abrazo.

Me mira sorprendido y empieza a reírse a carcajadas.

—Susan, yo no te hablaba de sexo.

—¿A qué te referías? —Pregunto pues no tengo la mínima idea de qué pasa por su mente—. No comprendo.

—Me refería a que deberías darte un tiempo y tomarte unas vacaciones —anuncia con una sonrisa—. Y por cierto, eres una belleza y si no estuviera loco por mi novia, créeme que lo primero que haría sería colocarte en mi escritorio y hacerte gemir del placer. Pero en fin, tú te lo pierdes.

Río sarcástica y le doy un golpecito en el hombro.

Arthur es un bromista y a pesar de ello, me encanta. No sé qué hubiera hecho en Nueva York si nuestros caminos no se hubiesen cruzado. Nunca olvidaré que desde que lo conocí, él me ayudó;

gracias a que leyó mi manuscrito, pude publicar.

Sonríó y lo abrazo como compensación porque por al menos un momento, ha cambiado mi humor.

—Me alegra saber eso. Me sentiría mal si estropeáramos nuestra amistad por sexo.

—Eso nunca pasará. Mi amistad por ti es sincera, si no te tuviera, ¿a quién le contaría mis problemas con Joselyn? Además, me has hecho ganar mucho con tu talento.

—¡Eres un tonto! —Me acerco a él y alboroto su cabello—. Volviendo al tema, si me tomo esas vacaciones, ¿crees que es una buena idea ir a Europa?

La boca de Arthur no se mueve, pero aun así, mi mente empieza a procesar el viaje. Y es que, desde la última vez que visité Europa, he tenido deseos de regresar allá.

—No, a mi parecer, hay otros lugares mejores.

—¿En serio? ¿Qué lugares? —Cuestiono y veo cómo Arthur parece medir sus palabras, pero resto importancia a su comportamiento y añado—: En varias ocasiones, me han recomendado sitios en América del Sur y Centroamérica, quizá deba darles una oportunidad.

—Por supuesto —responde con cierta incomodidad—, pero yo pensaba en otra opción.

—¿Cuál?

—Pues, Ashland. Para ser preciso, sería buena opción que visites a tus padres.

Quedo petrificada, mi mente se pone en blanco.

—¿Qué?! —Grito llena de pánico—. ¡¿Estás loco?! ¡Púdrete, Arthur Heider!

Mis gritos resuenan por toda la habitación.

Entiendo lo de las vacaciones e incluso, lo vi como algo viable que me ayudaría. Sin embargo, aceptaría ir a cualquier sitio, excepto a casa de mis padres.

—No seas tonta, hace mucho tiempo que no miras a tus padres. Necesitas relajarte y dejar de perder el tiempo. Por lo demás, siempre he pensado que Ashland es un lugar hermoso.

—¿Y por eso quieres enviarme a mi casa? A mí no me engañas, esta es una confabulación diabólica.

El que yo creía ser mi mejor amigo, niega y suelta un enorme suspiro.

—¡Claro que no! Tu madre te cuidará y no podrás salir a perder el tiempo. En síntesis, creo que sin fiestas, alcohol, cigarrillo y hombres de por medio, tendrás un espacio para analizar el libro. Estoy tratando de proveerte de un lugar en el que meditarás si editar tu próximo libro o no.

—Me odias y yo que pensé que me amabas.

—No inicies con un drama, Susan.

—Mi madre es una religiosa cuadrada —anuncio ignorándolo—. Ella haré que mi estrés aumente con todas sus estúpidas reglas.

—Tu primer libro lo escribiste en casa de tus padres, así que no inventes. Si creaste esa fabulosa obra con tu cuadrada madre, no creo que no tengas un espacio para analizar.

—No, no lo haré —digo enfadada cruzándome de brazos.

—Será excelente para ti. Necesito que te mantengas ocupada en el manuscrito y no, en otras cosas.

—Puedo hacerlo en otro lugar.

—Tal vez, pero tú madre me pidió como un favor especial que te enviara a casa.

—¡Lo sabía y lo dije! ¡Esto es una confabulación en mi contra! Eres un pésimo amigo.

—No, pienso en lo mejor para ti. Además, sabes mejor que nadie, que no se le puede negar nada a tu madre.

Observo a Arthur con furia. Él sabe que mis planes eran no regresar a mi casa nunca. Aunque, debo aceptar que en parte tiene razón: con mis padres lo único que haré será estar encerrada en mi

cuarto todo el día y ahí, obligatoriamente, tendré que analizar si al manuscrito de verdad le falta algo, o es cosa mía eso de que no está perfecto.

Así que, hay un argumento a favor pero, tengo uno más fuerte en contra.

—Arthur, entiendo perfectamente el punto. No obstante, hay una razón más fuerte por la que no puedo poner un pie en...

—Ya pasaron tres años, nadie debe recordarlo.

—Yo sí lo recuerdo y si regreso, perderé la dignidad.

—No perderás nada.

—Aunque según tú, no pierda nada, me convertiré en homicida.

—¿Homicida? —Dice arqueando una ceja.

—Si veo de nuevo a Steven, te juro que lo mataré.

—No serías capaz de matar a alguien, ni siquiera a una mosca.

—Tal vez no mate a una mosca pero sí, al hombre que arruinó mi reputación.

Arthur suspira. Se acerca de nuevo a mí y ahora es él, quien alborota mi cabello.

—Sé que te sientes mal por lo que ése chico te hizo y te entiendo a la perfección, pero ya no eres la misma Susan de antes, eres mucho más fuerte e inteligente. Tú nunca sentiste nada por él, ¿verdad?

—Claro que no, no es mi tipo. En realidad, me da asco.

—Mucho mejor, no tienes nada de qué avergonzarte.

—Pero...

—Nada, el que debería sentirse avergonzado es ése idiota por hacerte quedar mal con todos. Deja ir el pasado.

Le sonrío, tiene mucha razón. Quizá no sea malo ver a mi rara familia y abrazarlos.

—Dame una razón; una razón más para irme.

Sujeta del escritorio un periódico y me lo entrega en las manos. Con lentitud, paso cada hoja hasta llegar a la página que Arthur tiene señalada y que obviamente, estaba leyendo. De inmediato, me percató que es una columna que habla sobre mi lanzamiento como escritora y sobre mi familia.

—El New York Times hablando sobre mí de nuevo. Lo único que siempre se le olvida añadir, es que provengo de una familia ortodoxa que me volvía loca.

—Probablemente —comenta con simpleza mientras me quita el periódico.

—No entiendo por qué lees eso. Sabes todo de mí.

—Sí, pero aquí se encuentra la razón por la cual debes irte y reunirte con tus extraños padres.

—Ésta no es una razón para irme —le espeto enfadada.

Su mano se mueve, pidiéndome silencio en tanto él se sienta sobre el escritorio.

—Este artículo es interesante porque habla sobre una encuesta que se aplicó a mil personas que leyeron tu libro.

—¿Ah, sí? —pregunto de mal humor porque él acaba de ignorar mi comentario—. ¿De qué trataba?

—Querían saber si las personas deseaban una continuación de tu libro y si fuera el caso, si estarían dispuestas a leerlo.

—¿Y qué dijeron? —pregunto con miedo.

—Nueve de diez, dijeron que sí deseaban una continuación y, diez de diez, que sí leerían el segundo libro. ¿Sabes qué significa eso?

—¡Si escribo la continuación podría ser otro éxito! —Exclamo entusiasmada.

—Exacto.

De repente, ambos quedamos en silencio. A pesar de que una pizca de esperanza ha entrado en

mí, la preocupación gana la pelea entre emociones y por ello, me animo a preguntar:

—Hay algo que no comprendo: ¿Por qué en la primera pregunta una persona dijo que no deseaba una continuación y en la segunda dijo que leería el segundo libro? No tiene lógica.

—Claro que la tiene —responde Arthur con una sonrisa—. Según las estadísticas, las personas número diez que dijeron que no, no fue porque no les gustara tu libro sino porque les gustaría que escribieras otra obra y no necesariamente la continuación. Por ello, en la segunda pregunta, los número diez se añadieron a los que sí leerían el segundo libro, porque comentaron que les encantaría leer más de tus obras.

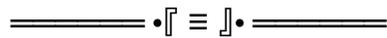
Siento que mis ojos brillan, me siento emocionada. Quiero llorar.

—¿Qué te sucede? Tienes los ojos llenos de lágrimas.

Limpio mis orbes con rapidez pues no quiero llorar de alegría frente a él. Eso en parte, siempre lo he considerado estúpido y no quiero hacerlo ahora, aunque la situación lo amerita. Después de todo, no he sido dejada en el olvido.

—Está bien, me iré por una semana.

—Que bien, más yo pensaba que estaría bien con tres meses.



Estoy en el aeropuerto esperando a abordar mi avión, a mi lado se encuentra Arthur, quien aún me tiene molesta y con ganas de golpearlo con las maletas de todos los presentes.

—Por milésima vez, ¿por qué estás aquí conmigo? —Pregunto enfadada.

—Porque existe la probabilidad de que salgas corriendo y no llegues a donde te diriges.

Lo veo sorprendida. ¿Cómo se atreve a decirme eso?

—¿Crees que soy una niña de cinco años? Te dije que me iría y me voy.

—No, más bien pareces una adolescente de doce años con muchos problemas. Dijiste que te ibas, pero por una semana. No te hizo mucha gracia cuando te dije que debías irte por tres meses.

Lo que acaba de decir me enfada en demasía.

—¡No soy ninguna adolescente! Soy una mujer que sabe muy bien qué hacer.

—Perfecto, mujer. —Sonríe y añade—: Estaba pensando en hacer un estudio de mercado.

—¿Un estudio de mercado? —Indago enojada—. ¿Acerca de qué?

—Con el estudio quiero saber si las personas piensan que sigues siendo virgen, tal y como tu madre piensa.

Mi paciencia se acaba. Sin avisar, sujeto a Arthur del cabello y tiro de él, escucho que se queja y lo suelto.

—Deja de decir estupideces, no juegues conmigo.

—Perdón, necesitaba hacerte una broma antes de que te marches. Aunque, no puedes negar que es cierto.

Le dedico una mirada asesina aunque tiene razón. Hace cuatro meses cumplí veintisiete años de edad y mi madre jura que sigo siendo pura. Mi pobre progenitora no entiende que no creo en las mismas cosas que ella. Si supiera que no soy virgen y que a los dieciocho años perdí mi virtud, le daría un infarto.

De pronto, escucho que llaman a los pasajeros del vuelo. Me levanto de la silla.

—Te extrañaré mucho y también a tu maravilloso sentido del humor.

—Eso espero, yo también te extrañaré mucho. Te enviaré a tu bebé mañana.

—Gracias, no podré ser feliz sin mi automóvil.

—Lo sé. —Sonríe—. Por cierto, te llamaré tres veces a la semana para que te desahogues

conmigo y para que me digas cómo vas con las “ediciones” del manuscrito.

Nos abrazamos con fuerza. A pesar de lo odioso que puede ser, lo extrañaré. Quiero mucho a Arthur.

—Saluda a Joselyn de mi parte y, no discutas con ella.

—Prometido.

Me da un dulce beso en la frente y yo, uno en la mejilla. Posterior, nos despedimos con unas últimas palabras y me dispongo a abordar el vuelo llena de melancolía pues se supone que no volvería de nuevo, pero aquí estoy. Subiré al avión y regresaré con mi familia.

4 Vacaciones infernales

Abro mis ojos al sentir que el avión aterriza y de inmediato, me percato que no me he equivocado y que he llegado a mi destino.

Una vez que el vuelo ha llegado a tierra, bajo del avión con mi único equipaje: una pequeña mochila. A continuación, y tras haber verificado mi documentación, busco entre la multitud de personas a mis padres, hermana y cuñado ya que según lo que me dijo Arthur, ellos estarían esperándome.

Observo de un lado a otro, pero no logro vislumbrar a mis familiares. De pronto, escucho un grito:

—¡Cariño, estamos aquí!

Mi hermana corre hacia mí y me encierra en un fuerte abrazo. Luego, llegan mi padre y mi madre quienes hacen lo mismo.

—Nos alegra muchísimo volver a verte, mi amor —dice mi padre emocionado.

—A mí también, papá. —Sonrío y le doy un beso en la mejilla—. No exageres, siempre les envío fotos y nos hacemos video llamadas.

—Pero abrazarte es muy diferente, hija.

El momento de los abrazos y los besos se prolonga por mayor tiempo. Mi fatiga empieza a emerger, siendo que las muestras de cariño excesivas, no son de mi gusto. Por lo cual, me decido por terminar esta escena.

—Saben que los quiero pero, ¿podrían dejar de abrazarme?

Sin decir palabra alguna, me sueltan de inmediato y me percato de que mi madre observa de un lado a otro, como buscando algo.

—¿Dónde está Arthur?

La miro sorprendida, debería saber que Heider no viene conmigo.

—¿Por qué preguntas eso?

—Él es tu novio, debería venir contigo.

—¡¿Qué?! Él no es mi novio —apunto enseguida, alarmada por la ocurrencia de mamá—. Arthur Heider es mi mejor amigo, es un hermano para mí. ¡No hay absolutamente nada entre nosotros!

—Algunas relaciones comienzan con amistad —comenta mi hermana.

—Tal vez, pero no pasará entre nosotros. Además, él está muy feliz con su novia, que por cierto, también es una gran amiga mía. Ambos están completamente enamorados el uno del otro.

—Ya entendí pero, pensé que Arthur sería un buen partido. —Ella coloca una de sus manos en su cabeza y dice con pesar—: Perdóname, Susan. Yo me preocupo por ti y debes entenderlo. Tú tienes veintisiete años, es hora de que busques un novio, te cases y tengas hijos.

Niego, me cruzo de brazos y dirijo mi mirada hacia otro lado.

En definitiva, odio que mi madre se meta en mi vida y desee controlarla como si fuese suya. Ganas no me faltan de tomar otro avión y regresar a Nueva York.

—Cariño, te dije que por favor no molestes a la niña con compromisos —interviene mi papá, dándome un beso en la frente—. Cuando ella encuentre a un hombre que le guste, tendrá novio y si le gusta lo suficiente, se casará y nos dará nietos.

Le sonrío a mi bello progenitor a quien amo porque siempre ha sido la contraparte de mi madre al mostrarse comprensivo conmigo. Es más, confío tanto en su amor, que estoy segura que si supiera cómo es mi vida en realidad, no se enojaría y me apoyaría.

—Gracias —digo mientras lo abrazo—, te quiero mucho.

—Yo también, mi niña. Mejor dejemos de hablar de compromisos, ¿dónde está tu equipaje?

—No hay equipaje. Sólo este pequeño bolso. Estaba tan ansiosa por venir que decidí no empacar —miento descaradamente—. Si necesito ropa y otras cosas lo compraré. ¡Vamos a casa!

Mis progenitores parecen creer mi falsedad y yo festejo en mi interior.

Considero una fortuna el que ninguno sospeche que a propósito, no alisté ropa, zapatos, accesorios y demás cosas con el propósito de usar esto como una excusa para salir de compras y por consiguiente, darme un respiro del convento al que llegaré. Así que, ¡viva mi cartera! ¡Vivan mis hermosas tarjetas de crédito!

Con alegría, camino hacia el estacionamiento donde subo a la camioneta de mi hermana mayor, Andrea. Mi padre es el encargado de manejar y en cuanto enciende el motor del vehículo, seguimos con nuestra conversación.

Al principio, mi padre me explica los cambios que ha tenido la ciudad, pero luego cambia de tema y habla acerca de la felicidad que inunda a sus vecinos y amigos por mi llegada. Ante ello, trato de desviar la conversación porque no me quiero estresar con trabajo y me dedico a interrogar a mi familia acerca de su nuevo hogar al cual se mudaron hace dos años, justo después que terminaron de construirla a como lo demandé.

Sé que aparentemente no me llevo bien con mis padres y sí, en realidad tengo problemas, principalmente con mi madre, por nuestras formas de ver la vida. Sin embargo, amo a las personas que me concibieron ya que por ellos soy la mujer que soy ahora y aunque la excepción de esto es la parte de la moralidad... En fin, ellos me dieron una buena educación y lo menos que podía hacer era mejorar su vida. Por lo tanto, compré un terrero enorme, contraté un arquitecto de renombre para que les construyera una casa como ellos lo habían soñado y, también amueblé la casa. Además, como reconozco que eso no fue nada para todo lo que ellos me dieron, me he propuesto mensualmente, girar dos cheques. El primero, lo envió a mis padres para sus gastos personales ya que de los egresos de la casa me encargo yo. Por otro lado, el segundo cheque lo destino para mi hermana, que aunque vive con su esposo cómodamente, nació en mí el ayudarla.

El viaje a casa, finaliza antes de lo esperado y al llegar, quedo asombrada al observar la hermosa residencia de mis padres. Mi admiración se debe a que a pesar de que yo misma mandé a construir este domicilio, dejé que el arquitecto y mis papás se encargaran del diseño. Asimismo, sólo había visto esta morada por fotografías y realmente, existe una diferencia abismal respecto a

las imágenes que Andrea me envió por redes sociales ya que éstas no se comparan al panorama real. La vivienda se ve de mayor tamaño y la sala monumental junto a la esplendorosa cocina, son mil veces mejor. Es más, ni siquiera puedo describir las cuatro bellas habitaciones ni el jardín ni la piscina.

—Mamá, sabía que la casa era preciosa, aunque jamás pensé que lo era tanto —menciono llena de felicidad—. Ni siquiera se compara con nuestra anterior casa.

—Eso es obvio. Tu padre y yo trabajábamos y aunque teníamos un buen salario, no podíamos darnos el lujo de tener una casa así.

—Pero ahora la tienen.

—Gracias a ti, hija.

Sonrío con orgullo mientras mi madre me abraza. Segundos después deja de abrazarme e inmediatamente, camino hacia la última habitación del fondo del corredor y me instalo ahí, para tener más privacidad.

En cuanto dejo mi bolso sobre la cama, regreso a la casa donde me encuentro con mi cuñado, Daniel Casselman, el atractivo esposo de mi hermana.

—¡Hola Susan! Me alegra verte de nuevo.

—A mí también, Daniel —respondo sonriente y lo abrazo—. ¿Por qué no fuiste a recibirme al aeropuerto? Eres un mal cuñado.

—Discúlpame, tenía mucho trabajo en la compañía, le dije a Andrea que me disculpara contigo.

—Ella no me dijo nada. —Finjo estar enfadada y dirijo mi mirada a mi hermana—. ¿Por qué no me dijiste? Sabes lo mucho que quiero a mi cuñado.

Mi hermana sonríe. Ella sabe que quiero a Daniel y que somos grandes amigos. Es más, por mí es que ellos se conocieron ya que se lo presenté un día que lo invité a nuestra antigua casa. Pero todo eso fue después de que hace alrededor seis años, Casselman y yo, entabláramos una relación de amistad de manera instantánea, a pesar de ser diferentes pues él es como mamá y papá, muy arraigado a la religión. Y ahora que lo pienso, tal vez por esa razón sólo me agradó como amigo y no como hombre; jamás me acosté con él ni nada parecido. ¡Gracias a Dios! Hubiese sido un desastre el que me haya acostado con el hombre que ahora es el esposo de mi hermana. ¡Eso hubiera sido vergonzoso!

—Supongo que como no te mencionó que no iría a recibirte —habla Daniel sacándome de mis pensamientos—, no te habrá dicho lo demás, ¿o me equivoco?

—¿A qué te refieres? —Pregunto curiosa—. ¿Hay algo que debo saber?

Andrea y él intercambian miradas y luego, me observan con una gran sonrisa. Daniel abraza a mi hermana por detrás y ella se sonroja.

—¿Qué pasa? Díganme o me almaré.

—Andrea y yo... ¡Estamos esperando un hijo!

Me quedo congelada unos instantes, pero luego, reacciono emocionada.

—¿Un hijo? ¿Voy a ser tía?

—Sí —responden ambos al unísono.

Me acerco a ellos y los abrazo con emoción.

—¡Felicidades! ¡Qué lindo! Seré tía de un hermoso bebé. —Dejo de abrazarlos y comento—: Se habían tardado demasiado. Ya son tres años de matrimonio, era hora de que me dieran un sobrino y a mis padres, un nieto. —Toma una pausa y los miro molesta—. Andrea y Daniel, ¿cuándo pensaban notificarme esta noticia? —Ellos sonríen nerviosos y yo agrego con verborrea—: ¿Cuántos meses tienes de embarazo? ¿Me pregunto a quién se parecerá? ¿Tendrá los

ojos verdes de su padre o los ojos negros de su madre? ¿Tendrá cabello rubio como su padre o cabello castaño como su madre? No cabe duda que será lindo.

Mi emoción para todos es palpable y no preocupo por negarlo. Jamás pensé sentirme así ante una noticia de esa índole y en lo único que pienso es que... ¡Seré tía! Tendré que enseñarle a ese bebé muchas cosas, entre ellos el amor y la pasión por la lectura y la escritura. No importará si sea un niño o una niña, él o ella debe aprender eso.

—No pensé que estarías tan feliz.

—¡Andrea! —Grito enfadada—. ¿Cómo puedes decir eso? Eres mi hermana y Daniel mi amigo. Por supuesto que estoy feliz.

—Me alegra mucho, Susan —dice sonriente mi cuñado—. Discúlpame, me siento avergonzado por no decirte antes la noticia pero, tu hermana y yo queríamos esperar a que regresaras. Andrea tiene dos meses de embarazo y hace dos semanas supimos que seríamos padres. Debo admitir que aunque no lo teníamos planeado, estamos felices y respondiendo a tus preguntas, no importa como sea el bebé, lo amaremos.

Sonríó como nunca antes. Después de todo, estas vacaciones no son tan malas. A la verdad, comenzó mal ya que mis padres pensaron que Arthur era mi novio y luego mi madre inició con lo que debo de conseguir pareja, más ahora todo está cambiando y para bien.

—Susan, me alegra que te sientas feliz por tu hermana y Daniel —comenta mi madre—. Tal vez te animes a seguir los pasos de tu hermana y formes pronto una familia.

Aprieto mi mandíbula con furia. Mi madre es una experta en arruinar momentos hermosos. Por lo cual, aparto mi mirada de ella.

—Erika, cariño. —Llama mi padre a mi madre—. Por favor, Susan aún es joven y tiene mucho...

—Camino por delante. —Termina la oración de mi padre e indica enfadada—: Ya lo sé, John. Pero entiéndeme, Andrea a su edad, se casó.

—Nuestras hijas son diferentes, no esperes que hagan las cosas al mismo tiempo.

—¿No lo entiendes? Si sigue soltera las personas empezarán a pensar cosas malas.

—Mamá, por favor —intervengo molesta—. Sé que piensas que las personas van a andar por la calle pensando que soy lesbiana y es una posibilidad, porque hay personas chismosas que no tienen nada más que hacer, pero créeme, no soy homosexual. Al contrario soy heterosexual, me gusta el sexo opuesto.

—Lo sé, pero...

—Pero nada. No soy lesbiana y punto. Y si lo fuera, ¿cuál es el maldito problema?

Salgo de inmediato, hecha una furia.

Me lastima saber que mi madre no ha cambiado en nada y que aún le importa más el qué dirán, que mi felicidad. Sinceramente, si antes pensé que algo mejoraría, ya no estoy segura y creo que regresar fue la peor de las ideas del mundo. Debí mandar al diablo estas vacaciones, no sólo por el imbécil de Steven sino, por mi madre.

Entro a mi habitación y aunque mi primer impulso es huir del sitio, fumar un par de cigarrillos para mantener la calma, ir a algún lugar donde me proporcionen buena bebida y quitarme el enfado con una dosis de sexo, me detengo ya que en mi estado, sería una pésima idea. Si medito con cuidado, soy consciente que si bebo, me emborracharé de sobremanera y no tendré ni idea de con quién me acueste. Por lo tanto, suspiro y decido tomar mi mochila y vagar un rato por las calles.

Fuera de habitación, en el pasillo y rumbo a un lugar incierto, me encuentro con Daniel quien parece que estaba esperando por mí.

—¿Estás bien? —Interroga preocupado—. ¿A dónde vas?

—Peor no podría estar y dónde voy, no te importa.

—Susan, lo que dijo tu madre no estuvo bien, pero tu forma de contestarle fue pésima —anuncia presentándose como el abogado defensor de mi familia—. Todos estamos impresionados. Nunca te habíamos escuchado hablar así. ¿Qué te sucede?

—¿Qué me sucede? ¿En verdad me preguntas eso? ¡Estoy cansada! —Grito con cólera sin poder contenerme—. Estoy harta de mi madre; harta de sus comparaciones y miedos de las miradas de la sociedad y sobre todo, de que se meta en mi vida.

Lo empujo para que salga de mi camino sin importarme que él no sea culpable de mis problemas familiares. Está mal mi actitud, lo reconozco. No obstante, no puedo contenerme.

Volteo a ver hacia atrás y por lo menos, me quita un peso de encima, el que Daniel no siga mis pasos.

Salgo de la residencia de mis progenitores sin pronunciar una sola palabra y camino con parsimonia en tanto hago ejercicios de respiración. Lo que quiero evitar es regresar al aeropuerto y tomar el primer avión que encuentre.

Continúo mi trayecto y como ya no soporto otro segundo, observo un callejón que está entre una tienda de ropa y una juguetería. Entró ahí para que ningún conocido de mis padres me vea y a continuación, saco una cajilla de cigarros de mi bolso y enciendo un cigarro que no tarda en posarse en mis labios.

La nicotina inicia a relajarme y me contenta porque también, me hace recordar quién soy. Lastimosamente, mi pequeño momento de ensueño, se rompe cuando escucho una asquerosa voz.

—Los rumores eran ciertos, regresó la perra de la ciudad.

Aprieto mis manos al reconocerlo, al ver su rostro de niño bueno que no rompe un plato. ¡Lo que me faltaba! El mal nacido de Steven Wegner.

¿Qué diablos hice mal para tener estas vacaciones infernales? No lo sé y tampoco quiero saberlo. No obstante, no voy a lamentarme nada porque el que terminará llorando por haberse encontrado conmigo, será ése desgraciado. Con él, sacaré toda mi furia acumulada.

—¿Perra? ¿Me estás diciendo, perra?

—Por supuesto, eso es lo que eres. ¿Terminaste de acostarte con todos los hombres de Nueva York? ¿Por eso viniste? ¿Necesitas más sexo?

—Para tú información, no me acuesto con cualquiera y no me considero una perra pero si lo fuera... —Pongo la mejor de mis sonrisas y agrego—: Prefiero ser una perra antes que un gay reprimido.

—¿A quién llamas gay? —Expresa exaltándose y dando un paso hacia mí.

—A ti, claro está. ¿Ves otro gay? —Señalo hacia los lados—. No te he visto en años, pero estoy segura que sigues siendo el joven estúpido que tiene miedo de confesarles a sus padres que le encantan los penes y no precisamente el suyo, sino el de otros hombres.

Su cara es todo un poema. Sonríe orgullosa, por fin dije lo que le hubiera querido decir años atrás.

—Por lo visto, aún sigues estando celosa —dice cambiando las facciones de rostro, aparentando estabilidad—. ¿Tanto te molestó el que no te hubiera cogido?

—Pobre, cómo te engañas. —Río sarcástica—. Cariño, hay miles de hombres que en este momento están detrás de mí, dispuestos a darme todo el placer que yo quiera. Eso ha sido así siempre. Alguien como yo no perdería el tiempo con un patán como tú.

—Hasta donde yo sé, te enamoraste de este patán.

No puedo evitar reírme de verdad ante la idiotez de esta copia barata de hombre.

—¿Enamorada, ¿yo? Tú no estás para saberlo, pero te lo diré: Nunca me he enamorado y mucho menos de ti. En realidad, aún no ha llegado el hombre que me haga conocer el amor.

—No puedo creer que aún niegues el amor que me tienes.

—¡Idiota! El máximo sentimiento que tengo por ti es asco. Utilizaste a mis padres, haciéndoles creer que estaba enamorada en secreto de ti para que me obligaran a tener una relación y de esa forma tú, cubrieras las apariencias.

—¡Mentirosa! En verdad estaba enamorado de ti y quería tener una relación. Tú lo arruinaste cuando me enteré de que eras una prostituta.

Su sobreactuación me fastidia y me hace arder.

—¡Yo nunca he sido una prostituta! No me compares ¡Jamás he vendido mi cuerpo! Y no seas idiota ¡Nunca has sentido nada por mí! —Grito furiosa—. La verdadera razón por la que dejaste de meter ideas a mis padres fue porque me enteré de tu preferencia sexual, ¿no lo recuerdas?

—No sé de qué tontería estás hablando.

—¿No lo sabes? Entonces te iluminaré la mente. Hace un par de años, mi madre me envió a tu casa con unas galletas recién horneadas. Al llegar, no había nadie, así que pensé que estabas en tu cuarto pintando. En ese momento decidí entrar y ahí me di cuenta de que... —Respiro, llenando mis pulmones de aire antes de gritar—: ¡Eres gay! ¡Ese día te estabas cogiendo a un hombre!

Steven coloca sus manos en mi boca para que no pueda hablar.

—¡Maldita borracha! Deja de decir estupideces.

Con fuerza, quito su mano de mi boca, lo empujo y lo miro desafiante.

—No estoy borracha. Sé perfectamente bien lo que digo. Como me enteré que eras homosexual, decidiste molestarme y le dijiste a todo el mundo que era una mujerzuela y eso no te lo perdonaré. Afortunadamente, esos chismes no llegaron a oídos de mis padres porque de lo contrario, les hubiera dicho a todos la verdad.

—¡Maldita! Voy a enseñarte a respetar.

5 My sexy fanático

Steven sujeta mi muñeca derecha con brusquedad y levanta su mano para golpearme.

Nunca he dejado que nadie ponga un dedo sobre mí para lastimarme y ésta no será una excepción. No me dejaré golpear por un idiota. Por lo tanto, agudizo mis sentidos para sujetar su mano antes que me golpee y defenderme, pero me sorprende al ver que él no mueve su brazo contra mí. Lo observo sorprendida y me doy cuenta que hay un hombre detrás de él que detiene su brazo.

Mis ojos castaños se fijan de inmediato en el sujeto que me ha defendido. En un primer momento, me deja extasiada, no sólo porque su reacción fue más rápida y evitó que Steven me pegara, sino también, por lo atractivo que es.

—Por favor, suéltala.

Ante esta clara petición, Steven suelta mi mano y me observa con furia. Él, respira profundo, coloca sus manos en su cabello castaño y lo hace hacia atrás en señal de frustración. A continuación, sin decir una sola palabra, se marcha.

Por otra parte, el joven que me ha ayudado, se acerca a mí y me observa fijamente con sus hermosos ojos azules grisáceos.

—¿Estás bien? —Pregunta con cierta preocupación en su voz.

—Sí.

—¿Segura? Tu muñeca está muy roja.

Dejo de estar ensimismada, analizando su porte y aspecto, para revisar lo que me ha dicho y sí, el idiota de Steven me sujetó con tanta fuerza que dejó la marca de sus asquerosos dedos, en mi delicada piel.

Maldigo en mis adentros y juro que esto se lo devolveré a Steven con creces. Que no crea que esto lo pasaré por alto.

—¿Te duele? —Pregunta él, pareciendo preocupado.

—Un poco, pero...

Él me interrumpe con su acto y es que, toma mi mano con sutileza y masajea mi muñeca.

No puedo evitar morder mis labios al sentir su sutil toque, como tampoco puedo impedir preguntarme cómo serán sus caricias en la cama. No lo negaré, un rato de sexo con él, no me

caería mal para quitar toda la frustración y enojo que cargo.

—Me es difícil creer que te haya hecho esto y menos, que te haya intentado golpear.

—Supongo que algunos hombres no saben tratar a una mujer.

Una sonrisa perfecta se instaura en sus labios y me derrite. Este hombre tiene una sonrisa maravillosa y con esto, se gana otro punto a favor.

—Espero que el dolor haya disminuido. Me encantaría hacer algo más por ti.

Al instante, pienso: *«Busquemos un hotel, ábreme las piernas y hazme gemir del placer y con eso harás más que suficiente».*

—Gracias, al evitar que ése hombre me golpeará, hiciste mucho. Bueno, también con ese delicioso masaje.

Ambos nos reímos. Aunque en parte, yo lo hago por ése pensamiento que tuve ya que siendo sincera, me pasé un poco. No obstante, viéndolo por otro lado, quizá sí hubiera podido pronunciarlo con libertad, pero me detuve porque considero que debo ser inteligente. Acabo de conocer a este hombre y no sé si conoce a mis padres y es un ortodoxo al igual que ellos.

—Por cierto, ¿dónde están mis modales? Mi nombre es Isaac Stewart.

—¡Qué hermoso nombre! Un placer conocerte, Isaac. Mi nombre es Susan Mowrer.

Me observa sorprendido de arriba a abajo. Su sexy mirada me inspecciona y eso me causa un gran placer.

—Tus rasgos se me hacen parecidos. ¿Susan Mowrer? ¿Será posible que seas la escritora de «El despertar del Fénix»?

—Sí, esa soy yo —digo con orgullo—. No te has equivocado.

—Es un placer conocerla, señorita Mowrer —pronuncia mientras sujeta mi mano y la besa castamente—. Usted es mucho más hermosa en persona y por cierto, su nombre es mucho más hermoso que el mío.

—Muchas gracias, Isaac. Y, puedes llamarme por mi nombre. A la verdad, sería incómodo que el hombre que me ha salvado, me llame señorita Mowrer.

—¿Está segura?

—Por supuesto, así puedo llamarte Isaac y no, Señor Stewart.

—Gracias Susan y, lamento que nos hayamos conocido en un momento así.

—Yo también. Hubiese sido más grato, haberte conocido en mejores circunstancias. Aun así, me siento feliz por conocer a alguien tan maravilloso como tú.

Sonríe sin apartar sus ojos de mí y yo lo observo con coquetería.

—Espero que no te moleste pero, ¿te apetecería tomar un helado? —dice él repentinamente—. Me han dicho que a dos calles de aquí hay una heladería y, por lo que escuché, los helados son los mejores de la ciudad.

—Claro, ¿por qué me molestaría tu invitación? Y déjame decirte que te han dado una excelente información. No existen helados más deliciosos en esta zona.

Salimos del callejón y caminamos juntos hacia la heladería.

En nuestro andar, ni Isaac ni yo cruzamos palabra y eso me alegra. No es porque no quiera hablarle, sino porque me da tiempo para seguir viéndolo y analizándolo.

Así, me doy a la tarea de retrasar un poco mis pasos para inquirir en su físico. Observo con mayor detenimiento que es un par de centímetros más alto que yo, que tiene una espalda ancha, unos fuertes brazos, un bello cabello negro y que tiene buen gusto para vestirse. En conclusión, es del tipo de varones que me atraen con mayor medida.

Tras varios minutos, llegamos a nuestro destino donde él, caballerosamente, me abre la puerta y retira la silla donde me propongo sentarme para que se me haga más fácil entrar. Y, estos

detalles aunque mínimos, me hacen interesarme más en él. Después de todo, a mis últimos amantes, les ha faltado ese toque encantador.

Cuando él se sienta frente a mí, analizo su siguiente movimiento en silencio. Primero, quiero saber si el interés es mutuo y segundo, si se cumple lo anterior, quiero conocer su lado creativo para el coqueteo.

En esto debo aclarar que no soy ninguna perversa que se va a tener sexo en un lugar público, pero debo reconocer que el sitio en el que nos hemos ubicado está en una esquina que proporciona un ambiente íntimo y perfecto para iniciar un buen cortejo. Por lo cual, si Isaac lo desea, podríamos intercambiar un par de besos y caricias a manera de preludeo antes de ir a otro lugar donde podamos satisfacer nuestras necesidades eróticas.

—Es un local agradable—enuncia Isaac—, ¿verdad?

—Sí, por lo visto no ha cambiado en tres años.

El mesero acude a nuestra mesa y ambos, hacemos nuestros pedidos donde para mi sorpresa, solicitamos lo mismo a una sola voz: un sundey de banano y fresas.

Mis ojos se vuelven a fijar en Isaac porque me ha encantado que pensemos igual y con mayores ansias, espero que dé un paso adelante. Sin embargo, primero llegan nuestros pedidos antes que una palabra de su parte.

Por un momento, el aburrimiento se hace presente en mí más vuelvo a prestar atención cuando él habla:

—Según entiendo, eres originaria de aquí ¿o me equivoco?

—No te equivocas. Viví aquí durante casi toda mi vida, pero hace tres años que cambié mi domicilio a Nueva York por razones de trabajo.

En este punto, creo que todo depende de mí ya que él vuelve a cerrar sus sensuales labios. Así que, como he notado que Isaac parece ser un hombre con un buen status social y tiene aires de ser extranjero pues su acento es un poco diferente, trato de entablar conversación con esa premisa.

—No quiero que pienses que soy entrometida, pero me parece que no eres de ésta ciudad. ¿Eres extranjero?

—Sí, bueno... —expresa dudoso—. En realidad no. Es muy difícil de explicar.

—Explícalo. Tengo mucho tiempo y escucharé todo lo que digas.

Isaac sonríe y asiente.

—Mis padres son originarios de esta ciudad. Por lo tanto, mis primeros dos años de vida los pasé aquí, pero luego tuve que mudarme a España ya que ellos consiguieron un excelente empleo en ese país. Por lo cual, resumiendo, soy ciudadano estadounidense y también español.

—Interesante —comento mientras pruebo las fresas y pienso en cómo acelerar las cosas entre ambos. Tomo una pausa hasta que viene a mí, una excelente idea—. ¿Qué tan lindas son las españolas? ¿Son más lindas que las americanas? ¿Más lindas que yo?

Su reacción me deja sorprendida. Nunca pensé que Isaac respondería de tal forma. Es más, hace mucho que no había visto que un hombre se sonrojara y menos, que me viera con timidez.

—Las españolas son hermosas igual que las americanas, pero tú... —responde al fin después de lo que me parece una eternidad—. Eres mucho más hermosa que cualquier mujer que haya visto. Sinceramente, no puedo compararte con ninguna otra.

Inmediatamente, en cuanto mi cerebro ha procesado sus palabras, siento mis mejillas arder. Por inercia, toco mis pómulos y disimuladamente, abro mi bolso para ver mi reflejo en el espejo de mi polvo compacto. Ahí, me percato de que estoy sonrojada, algo que jamás me había pasado.

—Gracias —musito con la voz entrecortada.

—No tienes que agradecer, sólo digo la verdad —anuncia sujetando mi mano con calidez—.

Parece un sueño que esté aquí contigo. Yo te admiro, es más, soy tu fan.

Mi estado de ánimo cambia a la sorpresa.

¿Mi fan? ¿Él ha dicho que es mi fan?

Probablemente es estúpido que me asombre porque soy famosa y por ende, tengo muchos seguidores. Con todo, el que sepa que él pertenece a mi grupo de admiradores me hace sentir de una forma extraña que no puedo expresar.

—¿De verdad? —cuestiono porque cabe la posibilidad de que haya escuchado mal—. ¿Eres mi admirador?

—Sí. El despertar del fénix me fascina, es mi novela preferida —explica con emoción—. Debo confesar que siempre me ha encantado leer, pero la ciencia ficción jamás me había gustado. A pesar de ello, tu libro me atrapó desde el primer párrafo. Siempre quise conocerte en persona; amo la pasión con la que escribiste tu libro. Lastimosamente, en las ocasiones en que te has presentado a firmar libros en España, no he podido acercarme a ti por motivos de trabajo.

Me quedo anonadada a partir de aquí y me pregunto: ¿Cuándo la conversación tomó este rumbo? Es decir, no puedo creer lo rápido que cambiamos de tema. A diferencia de unos minutos atrás, ahora sólo hablamos de mi obra en tanto comemos nuestros helados. Isaac y yo, nos dedicamos en lleno a analizar los personajes, la trama, las figuras literarias y muchas otras cosas de mi novela.

Mientras pasan los minutos y conversamos animadamente, me maravillo más porque nunca había sostenido un diálogo tan maravilloso con alguien. Isaac entiende a la perfección mi libro y todo lo que él implica. Ha hecho una crítica y reseña como la haría un profesional en la materia.

¡Isaac Stewart es increíble! Nos entendemos a la perfección y si nos llevamos tan bien en este asunto, estoy segura que también nos entenderemos en el sexo. No puedo esperar para estar con él.

De pronto, el celular de Isaac suena y él se disculpa por la interrupción. Posterior, se aleja unos minutos. Luego, terminada la llamada, regresa a la mesa.

—¿Tienes algún problema con tu novia? —curioseo tratando de sacar información.

—No, no tengo novia. Soy soltero y no tengo compromisos de esa índole. La persona que me llamó fue mi tía.

Sonríó al saber su estado civil.

El que Isaac sea soltero y lo mejor, que no tenga novia, me alivia. Estoy dispuesta a todo con él, pero no me gustaría lidiar con alguna chica que me reclame porque me acueste con su pareja. No, esos asuntos no me agradan.

—Lamento la interrupción, pero mi tía está preocupada por mí pues soy nuevo en la ciudad y teme que me pierda —explica riéndose por lo bajo—. Por esa razón me llamó y también, porque se supone, que saldría de su casa por una hora, no por dos horas y media.

No doy crédito a lo que él me cuenta y observo mi reloj. Aún sin poder creerlo, me fijo en que he estado durante dos horas con Isaac. Es tarde, ya casi son las seis.

—El tiempo se fue rápido mientras conversaba contigo —expreso asombrada.

—Lo sé. Jamás me había pasado con alguien. Realmente eres increíble. —Sonríe—. No quiero irme, pero tampoco quiero que mi tía se preocupe.

—¿No viniste con tus padres?

—No, ellos están en España trabajando. Y bien, como decidí tomar unas vacaciones de tres meses en mi trabajo y venir a visitar a mi tía, estoy quedándome en su casa —expone y atisbo a que hay un rastro de pesar y miedo en su rostro—. Aunque, creo que ya no será así. Mañana temprano buscaré un departamento.

—¿Por qué?

—Porque estoy enfadado con mi primo. Él fue quien... No sé cómo decírtelo... Mi primo fue el que...

Mi celular suena y para mi desgracia, es Andrea interrumpiendo mi conversación.

Con total sinceridad, no quiero responder el llamado, pero tampoco quiero que en mi casa, todos se alarmen. Conozco de primera mano, que mi madre es capaz de llamar a la policía y hacer un escándalo. Por lo cual, no me queda otra opción que contestar.

—Discúlpame, por favor —le digo a Isaac y muevo mi dedo sobre mi celular antes de señalar enfadada—: ¿Qué es lo que quieres?

—¿Dónde estás? Estamos preocupados por ti. ¿Estás bien?

—Estoy en mi heladería favorita tratando de quitarme el enfado y sí, estoy perfectamente bien.

—¿Vendrás a dormir? —Pregunta Andrea con temblor en su voz—. Si no lo haces, nuestra mamá va a...

—Pues no estaba en mis planes —respondo ya que hasta hace dos segundos, pensaba dormir en los brazos del hombre que está frente a mí, más ahora, todo ha cambiado con el argumento que he interrumpido a Andrea—, pero iré a casa.

Cuelgo la llamada, me levanto de la silla y me dirijo a Isaac, quien también se levanta.

—No sé qué problemas tengas con tu primo, pero mis problemas con mi familia son peores. Sin embargo, resolveré mis dificultades y espero que tú también.

—No creo que se resuelva. Me enfadó mucho el que él...

—Si eso es lo que opinas, te apoyo. Tengo un amigo que posee un negocio de bienes raíces. —Lo interrumpo y saco de mi cartera una tarjeta con los datos de Anthony—. Este es su número de teléfono. Cuando lo llames dile que te envía Susan, así te conseguirá un hermoso departamento en menos de dos días.

—Gracias.

—De nada.

Sonríó y él me sonríe. Me dispongo a tomar mi cartera y pagar, pero Isaac me detiene.

—Yo pago. No me sentiría bien si una dama lo hiciera. —Asiento y tiemblo al escucharlo decir—: Susan, me gustaría volver a verte y salir contigo. ¿Podrías decirme tu número de celular para contactarte?

—Claro que sí. —Encantada por esto, le doy otra tarjeta con mi número personal—. Llámame cuando quieras o cuando desees salir conmigo.

—De acuerdo y Susan, ¿puedo pedirte algo? Si no te molesta, ¿puedo darte un beso?

Asiento nuevamente, esperando que él pose sus labios sobre los míos por primera vez. Con todo y mi deseo, Isaac se limita a besarme en la mejilla, pero no me desencanta y me conformo con esto. Al menos, por el momento.

—Hasta luego, Isaac.

—Hasta luego, Susan.

Salgo feliz del local, casi dando saltitos de alegría ya que dejaron de interesarme los problemas que tengo en mi hogar. Quizá en un momento pasó por mi mente el regresar a Nueva York, pero ahora, hay una razón enorme para quedarme y se llama: Isaac Stewart.

6 ¿Lágrimas por desprecio?

Han pasado dos días desde que conocí a Isaac. No me ha llamado y no entiendo por qué, pensé que había química entre ambos. Pero en fin, espero que me llame pronto porque deseo darle las gracias, pues por la conversación que tuve con él, recordé el motivo por el cual escribía, la pasión que me envolvía en aquella época donde por primera vez, me aventuré a tomar mi computadora y plasmar mis ideas. Ahora siento aquella chispa de nuevo; aquel destello de ser como la protagonista al despertar de las cenizas y ser libre.

La emoción que siento es grande. ¡Adiós al estrés y la frustración! Ya no veo el manuscrito como una porquería con mil errores. Mis ojos se han abierto y he descubierto que como dijo Arthur, la obra es excelente. Sin embargo, creo que puedo hacerle un par de cambios para su mejoría y por ello, desde que regresé a casa luego de aquel encuentro, me he entregado a la tarea de editar un poco la novela al insertar aquella pasión que siento que aún le hace falta.

Suelto un suspiro de alivio.

Aquella opresión en mi pecho se ha ido, pero debo aclarar que no es sólo por el asunto con mi libro. No, esto es algo aparte porque para mejora de la situación, también terminé los conflictos con mi familia. El día en que conocí a Isaac, regresé tan feliz, que perdoné a mi madre y a los demás, por meterse en mi vida.

Agradezco enormemente, volver a sentir que todo a mí alrededor es maravilloso y no una carga. Tras varios meses, por fin puedo asegurar que el cielo ya no es oscuro. Estoy feliz porque he conocido a un hombre magnífico, voy a publicar el segundo volumen de mi novela, Arthur me envió mi automóvil, resolví los problemas con mi familia y ayer salí de compras. Quizá lo último pueda parecer trivial y estúpido porque, ¿qué tiene eso de grandioso? No obstante, para mí es todo un logro ya que ha sido la única ocasión en que con mi madre, compré todo lo que quería sin que ella protestara por la ropa. ¡Eso es un milagro! Antes, siempre se había quejado de que escojo vestimentas o muy cortas o muy ajustadas.

—Susan —dicen mi nombre en tanto tocan la puerta de mi habitación—, mamá quiere saber si

tienes basura.

Quito mi vista del ordenador y dejo mi trabajo para girar en la silla y encontrarme con mi hermana que ha abierto la puerta.

—No —digo, pero luego recuerdo y rectifico—, en realidad, sí. No te preocupes, puedes irte, yo la sacaré en media hora.

—El camión pasará en quince minutos. Yo la sacaré.

—Insisto —digo sonriente—, yo lo haré.

—Entiendo, pero... —titubea y se acerca a mí—. ¿Te sucede algo, Susan?

—¿Por qué lo preguntas?

Su indagación me extraña por la forma tan misteriosa en la que la formula y me asusta, cuando con la misma cautela, Andrea sujeta una silla y la coloca frente a mí para sentarse y mirarme con misticismo.

—A la verdad, creo que actúas de una manera extraña —indica y me río por lo bajo porque parece lo contrario. Ella agrega—: Mamá me contó que desde que llegaste en la noche el otro día, regresaste sonriente y llena de entusiasmo. Por si fuera poco, te encierras aquí durante horas, manteniéndote frente a tu ordenador para sólo salir a desayunar, almorzar y cenar.

—No entiendo qué tiene de raro. Yo siempre he sido sonriente y sabes que mi computadora es mi vida.

—Sí, lo sé —afirma y noto la preocupación en su rostro—. Aun así, me preocupas. Su supone que tienes vacaciones y eso significa que deberías descansar y estar en familia, no encerrada frente a una laptop.

En esta ocasión, si río con fuerza y no lo puedo impedir porque mi hermana es una exagerada y siempre me ha causado gracia.

—Estoy bien, tal vez sea raro, pero... —Me interrumpe el sonido de mi celular. Observo de inmediato el número telefónico y me percató de que no está registrado en mis contactos. Dirijo mi mirada a Andrea—: Si me disculpas, ¿podrías darme un espacio?

—Sí, claro. ¿Quieres que me marche o...?

Hago una pequeña señal con la mano para que se vaya. Normalmente no haría esto, pero cabiendo la posibilidad de que sea Isaac quien desee contactarme, no quiero exponerme. Afortunadamente, Andrea accede a mi petición y una vez que veo que se marcha, acepto la llamada.

—Hola, Susan. ¿Cómo estás? Soy Isaac.

Casi salto de la alegría al escuchar su nombre y su sensual voz. Giro en la silla para quedar frente al ordenador.

—Hola. Estoy muy bien, en especial porque sé que no te has olvidado de mí.

—Nunca me olvidaría de ti, soy tu fan, ¿recuerdas?

—Por supuesto —Sonrío y pregunto—: ¿A qué se debe tu llamada?

—Me gustaría invitarte a salir y darte las gracias por ayudarme a conseguir un departamento.

—¿Conseguiste uno?

—Sí y muy rápido. Precisamente, acabo de terminar de mudarme. Por eso quiero que salgamos, podemos ir a algún lugar que te guste, luego a almorzar y después a donde tú quieras.

Sus últimas palabras me agitan. Definitivamente, iremos a su departamento y lo estrenaremos de la mejor forma. Muero por probar su destreza en la cama, en el baño, en los muebles o donde él quiera.

—¡Perfecto! ¿Te parece si nos vemos en la plaza del parque del centro de la ciudad en veinte minutos?

—Claro, ahí nos vemos.

Corto la llamada y giro feliz en la silla pero, de repente quedo petrificada al observar quién está atrás de mí.

—¿Tienes una cita? —pregunta mi hermana aturdida.

—¿Qué estás haciendo? ¿Pensé que habías salido?

—Hice una finta —anuncia con una gran sonrisa—. La curiosidad me estaba matando y por eso me quedé, pero contéstame, ¿tienes una cita?

—No.

—Claro que sí.

—¡No!

—Escuché que hablabas con un hombre y se ponían de acuerdo para salir. Eso es una cita. ¿Por qué no dijiste que tenías novio?

—¡Porque no tengo!

Enfadada por el comportamiento de Andrea, me cruzo de brazos, suspiro y tomo una pausa para pensar en la mentira que contaré. En definitiva, no me referiré a Isaac estando con ella, porque lo nuestro no puede definirse como una relación oficial y es más, aún no precisamos el trato al que llegaremos. Por lo tanto, conociendo a mi hermana mayor y lo puritana que es, no quiero ni mencionarlo por error.

—¿Recuerdas que hace años te comenté que si no podía lograr mi sueño de publicar un libro estaría bien con conseguir trabajo como editora? —Ella asiente y me observa con deseos que le explique más—. Sucede que el hombre que me llamó, lo hacía para ofrecerme un trabajo excelente como editora. Por ello, hemos quedamos en reunirnos en un lugar para luego, ir a la editorial.

—¿No planeas seguir escribiendo?

—No se trata de eso. Jamás dejaré mis libros, pero esto sería como un pasatiempo para matar el tiempo. —Sonríó y la observo con dureza—. Ahora puedes irte, necesito cambiarme y por favor, no les digas una sola palabra a nuestros padres. Yo se los diré si me dan el trabajo.

Me levanto de la silla y técnicamente, saco a mi hermana a empujones de mi habitación sin inventar más detalles.

Cierro la puerta y coloco el seguro para que esta vez, nadie me moleste y con rapidez, busco entre mis ropas una sensual y fina ropa interior de encaje de color negro, una camisa roja con un escote provocativo y unos vaqueros negros ajustados que no tardo en colocarme. Posterior, peino mi cabello y me hago una coleta alta.

Tras maquillarme levemente, me observo en el espejo y al notar que me veo bien para mi cita, salgo de mi cuarto con la bolsa de la basura.

En la sala, me despido velozmente de mis padres para que no me avasallen de preguntas y salgo justo a tiempo para que el camión se lleve mi basura.

Camino hacia al garaje donde se haya mi automóvil, subo en él y enciendo el motor.

Los minutos hasta llegar al punto de encuentro con Isaac se me hacen eternos y aunque es extraño, el tiempo me provoca cierto nivel de ansiedad; una ansiedad que desaparece cuando luego de dejar mi vehículo estacionado, observo a Stewart vestido con un traje negro que lo hace ver grandioso. Pese a ello, apostaría que se ve mejor sin su ropa.

—Hola, Isaac. —Saludo sonriente en tanto le doy un beso en la mejilla—. Lamento la demora.

—No te preocupes, no esperé mucho.

Él me regresa el beso y nos sentamos en una banca cerca de un pequeño jardín de flores de todo tipo de colores.

—Me alegra volver a verte, lamento no haberte llamado antes, pero tuve algunos

inconvenientes.

—Tranquilo, no tienes por qué preocuparte. —Lo excuso y como no soy del tipo que le agradan los rodeos, decido decir aquello que tengo que expresar—: Gracias.

—¿Gracias? —pronuncia Isaac sorprendido—. ¿Por qué?

A pesar de que le estoy realmente agradecida, no sé bien cómo expresarle esto. Así que, dudo por unos instantes.

—Quiero ser sincera contigo. Quizá hace poco nos conocemos, pero te tengo mucha confianza. Eres mi fanático y quiero que seas la primera persona en el mundo que tenga esta información.

—¿A qué te refieres? ¿Pasa algo malo? —Interroga preocupado—. ¿Tienes novio? ¿Estás comprometida?

Observo a Isaac sorprendida. Mis ojos castaños miran a sus impresionantes ojos azules grisáceos con asombro.

—No —niego de inmediato—, no tengo novio. A la verdad, tampoco estoy comprometida y no pasa nada malo, sólo quiero darte una sorpresa.

—¡Qué bien! —menciona feliz y suspira con alivio, pero luego se sonroja—. ¿Cuál es la sorpresa?

—Escribiré la continuación de «El despertar del Fénix»

—¡Felicidades! Espero que lo publiques pronto para tenerlo en mis manos y leerlo.

—Nuevamente, gracias y te prometo que serás de los primeros en leerlo y no sólo eso, sino que también te firmaré el libro.

—¿De verdad? —Asiento y le dedico una sonrisa—. Gracias.

—De nada. Es lo menos que puedo hacer por la persona que me ayudó con la obra.

—¿Qué dices?

—Sí, suena extraño, pero tú me inspiraste.

Inicio a darle a Isaac una breve descripción de las razones por las que regresé a Ashland, es decir, le explico el estrés y la desesperación por la cual estaba pasando en aquel instante. Por su parte, él me escucha atentamente y eso me agrada; con tan sólo su compañía, me hace sentir bien.

—Jamás me había sentido tan feliz de conocer a alguien —concluyo mi relato y abrazo a Stewart a lo que él me corresponde envolviéndome con sus fuertes brazos. Su cercanía me acelera y enuncio—: Eres maravilloso, Isaac.

Sin pensarlo, cierro mis ojos y acerco mis labios a su boca para besarlos. Sin embargo, mi sorpresa es enorme cuando Isaac me hace a un lado.

Un dolor se instaura en mi pecho; ningún hombre me había rechazado de esa forma.

—Susan, yo...

—No tienes nada que decir. —Lo interrumpo y me levanto de la banca disgustada—. Me tengo que ir. Les prometí a mis padres que almorzaría con ellos. No puedo faltar.

—Espera, ¿puedo llevarte a tu casa? Mi auto está...

—Vine en mi vehículo —expreso de manera cortante—. Adiós, Isaac.

Con mi ego que fue tirado al suelo por un hombre que apenas conozco, me retiro con rumbo a mi hogar. Y como lo único que deseo es aclarar mi mente y procesar lo que me ha sucedido, acelero todo lo que puedo para llegar antes a mi destino. Pese a ello y sin saber si es por el dolor, el trayecto lo percibo como de veinte kilómetros.

Cuando llego a mi casa, aunque mi deseo es que nadie me hable o siquiera me miren, sucede todo lo contrario.

—Hija, ¿qué sucede? —Pregunta mi mamá ansiosa—. ¿Te dieron el trabajo?

Observo a mi madre y luego a mi padre sorprendida. En último lugar miro a mi hermana, que al

parecer estaba esperándome con mis progenitores, pero con furia.

Amo a Andrea, pero a como me encuentro, quiero matarla. Aunque, antes de ello, me encantaría decirle: *«Te dije que no le dijeras a nuestros padres, ¿acaso no escuchas? ¿En qué idioma querías que te lo dijera? ¿Eres estúpida o qué?»*.

Comprendo a la perfección que no puedo insultar a Andrea y menos, matarla debido a que trae a mi sobrino en su vientre, por lo que en voz alta señalo:

—No, y mamá, no quiero hablar de eso.

—Entiendo, pero aún tienes tu trabajo como escritora. Todo irá bien.

—Estaré en mi habitación, me duele la cabeza y quiero dormir —indico en tanto me apresuro a ir a mi cuarto y agregó—: Lo siento, no almorzaré. No quiero que nadie me interrumpa. No toquen la puerta de mi habitación, mejor aún, no se acerquen a ella. Bajaré a la hora de cenar.

En estos minutos, espero que hayan entendido la advertencia porque con el humor que tengo, soy capaz de gritarle a cualquiera.

Tal y como mencioné, una vez en mi habitación, me acuesto en mi lecho y casi en seguida, mi vista se nubla. Las lágrimas bañan mis ojos y aunque no doy crédito a esto, sé que estoy llorando. El por qué, no lo entiendo, ¿será porque me despreciaron? Es una probabilidad, más lo que en verdad me interesa es comprender la razón tras la cual Isaac se comportó de esa forma.

Rememoro con todas mis fuerzas las pocas veces que Isaac y yo nos encontramos. A juzgar por la forma en la que se comportaba conmigo y las cosas que su boca pronunció, pensé que le gustaba o por lo menos, que le interesaba.

¿Será que Isaac es homosexual? No, no lo creo.

Ruedo en la cama y coloco mi rostro sobre la almohada. El dolor no disminuye.

¿Por qué me siento tan mal? ¿Por qué Isaac me hace sentir esto?

Tengo muchas dudas acerca de lo que me sucede, más de lo que estoy segura es que no volveré a ver a Isaac. Ése hombre me hace daño, me hace sentir débil y no puedo permitirme eso.

7 Propuesta

Sin pensar en nada más y dejándome llevar por la pasión desbordante del momento, dejo de besarlo para aceptar su invitación de ir a su departamento. Así, con rapidez sujeto su mano y salgo del salón privado que mi acompañante previamente pidió en el restaurante. A continuación, subo a su automóvil y en menos de media hora, llegamos a nuestro destino.

Estando en el enorme edificio de casi veinte pisos, él tan urgido como yo, se apresura para que tomemos el elevador. Y en cuanto nos hallamos frente a la puerta de su hogar, tras una sesión de frenéticos besos, él abre la puerta y sin demorar otro segundo, una vez adentro, me presiona contra la pared, acaricia mis piernas y saquea mi boca.

—Espera, tranquilo —pronuncio con la voz entrecortada y colocando mis labios en su cuello con deseo, agrego—: Vayamos a tu habitación.

—¿Por qué no lo hacemos aquí?

—Porque me provoca hacerlo en tu cama, no contra una pared.

Ignorándome por completo, él sube más mi vestido con sus manos y acaricia mis largas piernas. Asimismo, baja sus besos a mis senos, haciéndome gemir. No obstante, aunque me excita de sobremanera, lo empujo.

—Hablo en serio. —Señalo un tanto enfadada—. Quiero sexo, pero en la cama.

—Eres muy terca. No lo sabía, pero me gusta.

Finalmente me suelta y me lleva a su habitación donde rápidamente, cumple mis deseos y me empuja hacia la cama.

Mientras lo espero en el lecho, él se baja los pantalones para luego posicionarse sobre mí. Nuevamente, nuestros labios y lenguas se fusionan. Y en tanto él se dedica a lo suyo, yo por mi parte, para acelerar las cosas, dirijo mi mano a su entrepierna. Él reacciona contento y lleva sus manos a la cremallera de mi vestido para despojarme de mi prenda y así me quede únicamente en ropa interior.

—Eres preciosa. Desde la primera vez que te vi, te deseé.

Sus palabras y la forma en la que sus ojos recorren mi cuerpo, me excita aún más. Por lo cual, empiezo a desabotonar su camisa y mientras lo hago, dejo dulces besos en su pecho. Asimismo,

libero su miembro al ayudarlo a quitarse su prenda íntima y él, me imita y me quita mi sexy lencería.

Al quedar ambos desnudos, mi amante aprovecha y me provoca una ola de placer al introducir sus dedos en mi vagina. Ante tal acción, gimo una y otra vez; acerco mi boca a su cuello y lo muerdo. Observo sus bellos ojos azules que me recuerdan el cielo, pero lo más importante, me recuerdan a...

No puedo controlarme y grito; arqueo mi espalda hacia atrás debido al maravilloso orgasmo que él me ha dado.

Observo que una sonrisa de satisfacción se instaura en los labios de él cuando intercambiamos miradas y posterior, calma mis calientes ánimos con un beso apasionado.

—No he terminado. Aún estoy ansioso por seguir probándote.

Se acerca al buró, toma un condón, se lo coloca y susurra en mi oído.

—Soy tu fan. Jamás he estado con una mujer como tú. Haré que esta noche sea eterna para ambos.

La frase de «Soy tu fan» me saca de mis cavilaciones. Desesperada, envuelvo mis dedos en su cabello y lo atraigo hacia mí para probar su boca con una necesidad nunca antes sentida. Abro las piernas para recibirlo.

—Te deseo, quiero ser tuya y de ningún otro.

Sin esperar otra palabra de mi parte, en un instante, él se introduce en mi cuerpo y gimo llena de placer.

El hombre que tengo sobre mí y dentro de mí, no me deja descansar y continúa penetrándome con más fuerza, volviéndome loca.

En este momento, simplemente, no puedo parar de acariciarlo y gemir. Y así, luego de varios minutos, siento que no puedo más. Mi respiración está acelerada y termino profiriendo su nombre:

—¡Isaac!

—¡Susan!

Grita mi nombre al llegar al orgasmo. Sale de mi interior y se coloca a un lado mío en la cama.

Cierro mis ojos y ambos tomamos una pausa llena de silencio para tranquilizar nuestras respiraciones. Sin embargo, el mutismo reina durante poco tiempo ya que él lo rompe de manera abrupta.

—Eres tan maravillosa que obviaré el pequeño incidente de hace un minuto.

—¿Qué incidente? —inquiero asombrada, aún agitada.

—El hecho de que gritaste el nombre de otro hombre cuando llegaste al orgasmo y no el mío. ¿Sabes? Eso es muy ofensivo, pero bien... Me hubiera encantado que gritaras: Jeremy.

—¿Qué? —expreso levantándome y mirándolo a los ojos.

—¿No te diste cuenta? Gritaste el nombre Isaac ¿Quién es él? ¿Tu novio? ¿Algún otro amante? Estoy seguro que durante todo el sexo estuviste pensando en él y las palabras que dijiste antes que te penetrara, iban dirigidas a él. Pero como te dije, obviaré ese problemita porque eres una mujer fenomenal.

Coloco una de mis manos en mi cabello y lo tiro hacia atrás, totalmente perturbada. Y con mi cabeza hecha un enredo, me levanto e inicio a vestirme.

¿Qué idiotéz he hecho? ¿Cómo es que Isaac se metió de esa forma en mi cabeza?

Salgo de la habitación de Jeremy y de su departamento, sin pronunciar otra sílaba.

Observo el calendario de mi celular para analizar el hecho de que han transcurrido un total de tres semanas desde que no veo a Isaac. Luego, inconscientemente, reviso mi dispositivo para ver que éste tiene muchísimas llamadas perdidas y mensajes de texto tuyas, pero no he contestado sus llamadas ni sus correos.

En este punto de mi existencia, no me entiendo ni me reconozco. No quiero saber de Isaac porque me hace daño, pero a pesar de eso... Juro que quisiera golpear mi cabeza contra la pared. ¿Cómo es posible que hace algunos días pensé en Isaac cuando tenía relaciones sexuales con Jeremy Gladwell, un hombre que conocí en un bar y que me invitó a cenar a un elegante restaurante?

Me siento arruinada y estúpida. Sólo he tenido una relación sexual durante mis vacaciones y en ella, pensé que estaba haciéndolo con un hombre con el que nunca he estado. ¡Qué gran idiotez!

Lo único sensato que he logrado, es casi terminar de editar mi novela. Si no fuera por eso, hasta diría que perdí la cordura.

—¿Estás bien, Susan? —Pregunta mi hermana sacándome de mis pensamientos—. Por favor, deja de perderte en el espacio y ayúdame a escoger ropa para mi embarazo.

—Se supone que Daniel te acompañaría —respondo de mala gana y con cansancio cuando ella coloca varias prendas de ropa en mis manos—. Él debería estar aquí, no yo. Además, tengo una novela que debo editar y por si fuera poco, es temprano para que compres ropa de embarazo. Andrea, ni siquiera se te ha abultado el vientre.

—Lo sé, pero me muero de ganas por comprar. —Ella sonríe llena de felicidad—. Recuerda, eres mi hermana y debes ayudarme. El despertar del Fénix puede esperar, yo no. Y te recuerdo, Daniel no pudo venir porque tenía mucho trabajo en la empresa y necesito a alguien que me haga compañía.

Suspiro resignada.

Desde un principio, no quería acompañar a Andrea a comprar ropa. No estoy con ánimos de salir y lo único que quiero es estar encerrada y meditar en mi novela; una novela que por cierto, ya es del conocimiento de mi familia debido a cierta persona fastidiosa y entrometida que escuchó una de mis tantas conversaciones con Arthur vía Skype donde planteaba mi proceso creativo.

Aprieto mis puños porque a veces, Andrea me parece una completa molestia.

—Me encanta este overol. Es lindo, ¿verdad? —Asiento malhumorada—. Susan ¡Por Dios! Quitá esa cara, te ves horrible.

—¿Me estás diciendo fea?

—No, tú eres hermosa. —Se acerca y me frota el cabello como una manera de aplacarme—. No me gusta verte así, tienes una cara que refleja enojo, frustración y melancolía. ¿Qué sucede? Tus primeros tres días de vacaciones estabas llena de alegría. ¿Qué fue lo que te aconteció y te cambió? ¿Fue por esa entrevista laboral? Puedes decirme lo que sea, te escucharé y trataré de ayudarte.

Esta vez, suelto un largo suspiro ya que no quiero la ayuda de nadie. Aparte de ello, aunque la aceptara, Andrea jamás me entendería. Es decir, si yo no me entiendo a mí misma, no creo que nadie más lo haga.

—Este overol te hará ver bien —digo mientras tomo uno entre mis manos y se lo muestro—. A Daniel le encantará.

Mis palabras son mágicas y cobran el efecto deseado ya que Andrea deja de molestarme y se olvida por completo de mí. Mi técnica funciona y aunque no me divierte, ambas pasamos una hora más en la tienda, escogiendo ropa y zapatos.

Tras lo que para mí fue eterno y aburrido, salimos de ahí con el siguiente número de bolsas:

Andrea: 23; Susan: 0. Aunque claro, eso no me importa. No me quejo. Sólo cargo las bolsas de mi hermana como una buena acompañante. Posterior, nos sentamos en una banca para descansar luego de tan grande recorrido y aprovecho el instante para relajarme. Así, cierro los ojos y trato de despejar mi mente, borrando cualquier rastro de Isaac. Sin embargo, fallo de forma colosal.

—¡Susan! —Escucho una voz masculina que me hace pensar que es una alucinación acústica, un auto sabotaje—. ¿Eres tú? No pensé volver a verte.

Asustada de que esto sea cierto, abro mis orbes castaños y lo observo sin creer en totalidad que Isaac está parado frente a mí. Por lo tanto, perturbada, dirijo mi vista a mi hermana quien me mira fijamente y luego le da un vistazo a Stewart. En seguida, ella se acerca a mí y susurra en mi oído:

—¿Lo conoces? Si no es así, gritaré. He leído que las personas famosas son perseguidas por acosadores. Quizá él sea uno de esos tipos. —Guardo silencio, no le contesto pues estoy impactada. Al no encontrar una respuesta de mi parte, ella observa a Isaac y pregunta—: ¿Quién es usted? ¿Conoce a mi hermana?

—Sí, por supuesto que la conozco.

—Andrea. —La llamo cuando salgo de mi trance para atraer su atención. No puedo dejar que la situación se escape de mis manos—. Él es el señor Isaac Stewart. —Dirijo mi mirada a él y digo—: Señor Stewart, ella es mi hermana, la señora Andrea Casselman.

Isaac me observa sorprendido, pero se acerca a mi hermana.

—Un gusto conocerla, señora Casselman. —Sujeta su mano y la besa—. No sabía que Susan tenía una hermana, pero de igual forma, me alegro de conocerla. Déjeme decirle que se ve muy joven para estar casada.

—Gracias por el halago, pero soy mayor que Susan. No soy tan jovencita.

Mi hermana le sonrío y él a ella, a lo cual, niego con la cabeza. Obviamente ella no está tan joven, tiene treinta años.

—Susan...

—Llámeme señorita Mowrer, por favor.

Me observa mucho más sorprendido que antes. Lamento hacer esto, pero necesito construir una muralla.

—Está bien. ¿Podría hablar un momento con usted, Señorita Mowrer?

—Lo siento. Como puede observar, mi hermana y yo, estamos de compras. No deseamos ser interrumpidas.

Mis palabras salen con tal arrogancia que no puedo creérmelo ni yo misma. Y al contrario de sentirme mal por comportarme de esta forma, me reconforta el hecho de que tengo el control de la situación y que me he librado de cualquier problema.

—Por mí, no se preocupen —interviene mi hermana—. Es decir, si necesitan hablar de negocios o de algo personal, pueden hacerlo. El señor Stewart puede sentarse con nosotras y hablar contigo abiertamente.

Le dirijo a Andrea una mirada de reproche. ¿Acaso ella no se da cuenta que no quiero hablar con Isaac?

Entro en la desesperación porque esto está mal; todo está tomando un pésimo rumbo. No puedo mezclar mi vida privada con mi vida... ¿Falsa? Bueno, el punto es que no puedo dejar que mi hermana escuche nuestra conversación porque es capaz de empezar a planear una boda.

El control que tenía, se ha esfumado por completo.

—Está bien, hablaremos —declaro con firmeza—. Andrea, espérame aquí un momento. Estaré conversando con el señor Stewart debajo la sombra de ése árbol.

—Susan, no puedo dejarte sola con él. No lo conozco y no sé si...

Antes de que termine de hablar, saco de mi bolso dos tazas de yogurt.

—Toma —hablo mientras coloco en sus manos las tazas—, estoy segura que a mi adorado sobrino o sobrina le encantará este yogurt. Es tu favorito, sabor de banano. Disfruta de uno de tus antojos. El señor Stewart y yo estaremos bien. Desde aquí, puedes vernos.

Dejo a Andrea sentada comiendo yogurt. ¡Sus antojos de embarazo me han salvado!

Camino con Isaac hasta donde mencioné y una vez ahí, me cruzo de brazos y le muestro que no me encuentro dispuesta a entablar una conversación amena.

—¡Felicidades! —Comenta tratando de ser simpático—. No sabía que serías tía, ¿es tu primer sobrino?

—Sí, el primero y gracias, pero no estamos aquí por eso. ¿De qué quieres hablar conmigo?

—¿Por qué no has contestado mis mensajes y llamadas? ¿Estás enojada? ¿Pensé que podía llamarte por tu nombre?

—He estado ocupada trabajando en la novela —respondo secamente sin cambiar mi semblante—. Además, si me permites, creo que es ilógico estar enojada con un hombre que apenas conozco. Y respecto a lo último, considero que fue un error dejar que me llamaras por mi nombre. Si era de lo único que querías hablar, ya he dado mi respuesta. Por lo tanto, adiós.

Doy media vuelta para irme, más para mi sorpresa, Isaac me sujeta del brazo para hacer que gire hacia él.

—No, no es de lo único que quería hablar. —Suspira y se acerca a mí—. Perdóname, perdóname por haber rechazado tu beso.

Aprieto los puños. ¿Cómo se atreve a recordarme eso?

—No sé de lo que estás hablando —alego enfadada.

—Claro que lo sabes —refuta mi respuesta y agrega—: El último día que nos vimos, nos abrazamos, quisiste besarme y yo te rechacé. Siento mucho haberlo hecho. Te juro que moría de ganas por besarte, pero...

—Definitivamente, no te entiendo. Acabas de decir que morías por besarme pero, ¿no lo hiciste? ¿Qué te sucede? —Dejo notar mi enfado, pero eso ya no me importa—. Mejor olvídalo; no quiero verte ni escucharte. No soy del tipo de mujeres con la que puedes divertirte jugando. No soy el juguete de nadie.

Sin advertencia previa y para mi sorpresa, Isaac me sujeta por la cintura y me pega a su cuerpo. Seguidamente, él coloca una de sus manos detrás de mi cabeza y me atrae a su boca para juntar nuestros labios y besarme con necesidad, pasión y algo más que no logro descifrar. Yo por mi parte, correspondo su beso con verdadero ímpetu, situando una de mis manos en su espalda y otra en su cuello.

Siento que mis piernas tiemblan de deseo debido a que esto era lo que quería desde que lo conocí y me concentro en disfrutar de los exquisitos labios de Isaac y de ésta emoción la cual ninguno de los amantes que he tenido me ha provocado.

Al separarnos, después de varios minutos de apariencia eterna y sublime, aún con nuestras respiraciones agitadas, me recuesto en el pecho de Isaac.

—No eres ningún juguete para mí —menciona besando mi cuello, haciendo que me estremezca—. Susan, todavía no estoy seguro de lo que siento por ti, pero puedo asegurarte que me ha dolido no verte. Discúlpame. —Acaricia un mechón de mi cabello y continúa—: Aquel día no quería hacerte sentir mal y mucho menos rechazarte, pero tuve que oponerme a recibir tu beso. Cuando nos conocimos, te dije que te admiraba y era cierto. Por esa razón no te besé; hasta ahora, no quería tocarte sin tener la seguridad de tener un sentimiento especial y fuerte hacia ti.

Mi mente queda en blanco ante sus palabras. Me suelto de su abrazo y lo observo atónita porque no lo comprendo.

¿Besarme sin sentimientos? ¿Qué significa eso? He besado a muchos hombres sin sentir nada. ¿Hay algún problema en eso?

—¿Qué dices? —Pregunto estupefacta.

—Lamento mi comportamiento tan atrevido, Susan. No obstante, no me arrepiento —explica en tanto acaricia mis labios con sus dedos y me observa con sus bellos ojos azules grisáceos—. Cuando te fuiste y dejamos de vernos me di cuenta que te extrañaba, tenía miedo de no volver a verte. Y ahora, percibo que este beso ha cambiado todo mi mundo. Dime, ¿te gustaría intentar tener una relación conmigo, Susan? ¿Quisieras ser mi novia y darme tan grande honor de ser tu pareja?

Mi cabeza explota, creo que me dará un infarto. Si antes estaba confundida, ahora estoy alarmada.

¿Isaac me está pidiendo que sea su novia? Mi primera conclusión es que debe estar bromeando. Pese a ello, cuando mis ojos tratan de analizar una mentira en él, su seriedad me indica lo contrario.

¿Qué debería hacer? No voy a negar que en Isaac hay algo diferente, pero ¿ser su pareja? Eso tendría que ser imposible. Yo nunca he tenido una relación formal y jamás he pensado en dejar mis aventuras de un par de encuentros sexuales. Por si fuera poco, aunque esto fuera remotamente posible, ¿está bien salir con alguien a quien sólo has visto en tres ocasiones?

—Seré sincera contigo. —Respiro profundo y veo a Isaac directamente a los ojos—. Me gustas. Eres un hombre atractivo, inteligente, carismático, más no hemos tenido suficientes encuentros como para ser tu novia.

—Entonces, concéptame y dame la oportunidad de conocerte. No me brindes una respuesta ahora. Tengamos citas y si al final nos percatamos de hay algo más entre nosotros, de que quizás estamos enamorados, acéptame y tengamos una relación seria de noviazgo, ¿qué dices?

Trago grueso y extrañamente vienen a mí, recuerdos de mis padres diciéndome que no puedo dejar escapar la oportunidad para conocer el amor. Es verdaderamente estúpido que piense en ello ahora, pero quizás sus comentarios tienen algo de razón.

—De acuerdo —acepto nerviosa y llena de dudas—. Nos daremos una oportunidad para conocernos.

8 El amor ha tocado mi puerta

Mis encuentros con Isaac han estado de maravilla. Durante este periodo de tiempo, hemos tenido las típicas citas a lugares como cines, parques, restaurantes y sitios de comida rápida. Sin embargo, y aunque para cualquiera esto parecería aburrido, me he sentido feliz. A la verdad, pese a que me parece extraño en mí, el haber visitado sitios majestuosos como las cascadas Range y las montañas Siskiyou con Isaac, se me hizo igual que ir a cualquier otra área por el simple hecho de que él estaba conmigo.

Y como si lo anterior fuera poco, me agrada que estos momentos hayan servido para conocer más acerca de Isaac. Así, a diferencia de hace días, ahora sé que él es hijo único, tiene veintiocho años, su color favorito es el rojo, es arquitecto y entre otras cosas, posee su propia empresa dedicada a la industria de la construcción. Todo esto, sumado a que es encantador y que a pesar de que tenemos algunos gustos diferentes podemos encontrar el equilibrio, me tiene cautivada. Es más, si bien, Isaac no me ha vuelto a besar y tampoco me ha pedido ir a su departamento para tener relaciones sexuales, no me siento molesta; me he divertido tanto a su lado que la posibilidad de tener coito ya no me es tan indispensable.

El único inconveniente que ha surgido en un mes y medio, desde que acepté darle una oportunidad a Isaac para conocerlo, fue un incidente con mi familia el cual no fue precisamente porque mi hermana nos haya visto besándonos, ya que no nos vio porque estaba ocupada con su yogurt.

—¡Susan! Llegó esto para ti.

Me percató de que Andrea entra corriendo a la sala con algo en sus manos.

—¡Que hermoso! ¡Qué detalle más romántico! ¿Quién te lo habrá enviado?

Ignoro la pregunta de mi madre y me dedico a contemplar las hermosas rosas color salmón y los chocolates que se ven exquisitos.

Si bien es cierto que tengo muchos admiradores, no sé de quién se pueda tratar este bello obsequio. Por lo cual, tomo la tarjeta y leo para mí misma:

«Gracias por darte una oportunidad de conocerme. Espero que algún día me brindes el honor de ser mi pareja. Créeme, primero amé la pasión con la que escribes tus libros y deseo

con todo mi corazón, que ese amor se traslade a ti, a la Susan verdadera, a la mujer detrás del libro».

Era demasiado bueno para ser cierto. Tenía que haber sabido que mi tranquilidad era la calma antes de la tormenta.

Aún me duele la cabeza debido a las múltiples preguntas de toda mi familia acerca de quién era «Tu mayor fan; al que tienes a un paso de la locura del amor». No puedo olvidar el interrogatorio infernal que pasé con el lado cursi de mi pretendiente y menos, el momento en que mi brillante hermana sacó como conclusión que mi enamorado era Isaac. Y sí, dio en el blanco pues Stewart firmó la tarjeta de esa forma, pero por ello se hizo un escándalo colosal donde al final no me quedó otra opción que certificar la hipótesis de Andrea y explicar que me estaba tomándome un lapso de tiempo para conocerlo.

Aquella mañana, la emoción de mi familia y mayormente la de mi madre, fue exagerada. Pero eso es lo que analizo ahora, ya que en ese instante estaba demasiado nerviosa y sorprendida por haber soltado con tal facilidad la verdad, que no tenía nada más que procesar. Con todo, concluyo en que si lo hice, fue porque si tarde o temprano Isaac y yo llegamos al noviazgo, no tendría razón de ser el seguir ocultando su cercanía conmigo.

—Las debidas correcciones del manuscrito final están listas. Sólo falta que pase una última revisión, pero no creo que eso sea problema. El segundo volumen, en definitiva, es mejor que el primer libro.

Las palabras de Arthur me alejan de mis pensamientos y me crean la mejor de mis sonrisas ante esta gran noticia. Por un segundo, había olvidado que estoy encerrada en mi habitación, hablando vía Skype con mi mejor amigo, un amigo que me ha hecho saber que mi periodo de dos meses y medio en Ashland no han sido en vano.

—Este libro será otro gran éxito y lo principal, es que puedes regresar a Nueva York en este mismo instante.

—¿Qué? —Digo alarmada dejando mi gozo a un lado—. Arthur, yo no me puedo ir ahora. ¿No lo recuerdas? Acordamos que estarías aquí por tres meses. Necesito más tiempo.

—¿Por qué? Tú odias vivir con tus padres. Pensé que te estaba haciendo un favor. ¿Qué sucede? ¿De repente no te quieres distanciar de los puritanos señores Mowrer? —Ríe por lo bajo y un poco más serio, añade—: Además, debemos preparar la conferencia de prensa en donde anuncies el lanzamiento del segundo volumen de la saga y calendarizar tus presentaciones de firmas de libros e interacción con tus seguidores.

—Entiendo perfectamente, pero es que yo... —Tomo una pausa porque es trascendental contarle de Isaac y porque también, es la primera vez que expresaré esto y seré honesta conmigo misma—. Arthur, no me puedo ir ahora porque estoy enamorada.

—Discúlpame, pero creo que te escuché mal. ¿Estás enamorada? ¿Estás bromeando conmigo? Si es así, es una pésima jugada, Susan.

—No estoy bromeando. Estoy enamorada de un hombre.

A través del computador, observo que él me mira fijamente y que posterior a esto, se levanta y va por un vaso con agua que se sitúa en una cómoda. Luego, vuelve a sentarse frente a su Laptop.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? —interroga estupefacto.

—Lo conocí en mi primer día de vacaciones, cuando sostenía una discusión con Steven. Él me defendió. Se llama Isaac Stewart y también está de vacaciones; es estadounidense, pero vive en España.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Soy tu mejor amigo.

—Perdóname —pido al notar que su reclamo va en serio—. Al principio no le tomé mucha importancia, sólo quería tener algo de sexo con él.

—Eso es típico en ti. Pese a ello, cuéntame todo con lujo de detalles —dice, pero luego se detiene para reír—. En realidad, omite las partes del sexo, eso es muy personal.

Inicio a narrarle absolutamente todo. Desde el momento de mi primer encuentro con Isaac hasta la última cita que hemos tenido.

—Esto sí es un juego, ¿cierto? —expresa impresionado—. ¿No han tenido relaciones sexuales?

—No, ni un poco y para ser franca, no me hace falta.

—¿Eres la gemela pura de Susan que tomó su vida cuando ésta murió?

—¡Eres un idiota! Si te tuviera en persona, te daría como mínimo, una bofetada.

Arthur empieza a reír a carcajadas y yo, lo maldigo en mis adentros por burlarse de mi vida privada.

—Discúlpame, pero no puedo creerlo. No has tenido sexo con Isaac y me dices que... ¿estás enamorada de él?

—Sí, sé que no es propio de mí, más es cierto. Él y yo no hemos tenido nada más que un beso, pero soy sincera cuando digo que estoy enamorada. —Suspiro y agrego—: Isaac Stewart es un caballero, es dulce, encantador, sincero, atractivo, inteligente, carismático, me comprende y me hace tener sentimientos que ningún otro hombre me ha provocado.

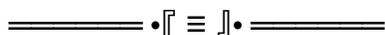
—Me alegro mucho por ti. Tienes una mirada diferente. —Sonríe con ternura, pero cambia de expresión—. Sólo hay un problema y es que te necesito aquí pronto. Si ambos se aman deben hablarlo, así podrían llegar a un acuerdo para ser pareja y seguirse viendo sin que tú trabajo sea un problema en la relación.

—Tienes razón, Arthur —pronuncio con pesar—. Te prometo que hablaré con él, hoy mismo.

Termino el video llamado y envío un mensaje a Isaac diciéndole que necesito verlo para decirle algo importante. Él, inmediatamente me responde.

Respiro profundo, sintiendo una gran tensión en todo mi cuerpo.

A partir de ahora, todo dependerá de la respuesta de Isaac.



Nunca antes me había sentido tan nerviosa y creo que tengo razones de sobra. Después de todo, mis vacaciones románticas de ensueño, podrían ser cortadas de forma abrupta.

Con algo de frío y temblando en esta clara noche, toco el timbre del apartamento de Isaac. Éste me abre la puerta casi al instante y deduzco que me estaba esperando. Al fin y al cabo, de manera previa, acordamos vernos aquí.

En cuanto veo a Isaac sonrío y es que se presenta, maravillosamente atractivo.

—Susan, me alegra mucho tenerte en mi casa —declara antes de darme un beso en la mejilla. Posterior, me invita a pasar y señala un sofá—. Siéntate, por favor.

—Gracias. —Musito y tomo asiento junto a él. Doy un vistazo rápido alrededor—. Me encanta tu departamento, está precioso.

—Me ha resultado bastante cómodo, gracias. Lamento no haberte invitado antes, pero no estaba arreglado para recibirte.

—Tranquilo, no tenías que preocuparte por eso.

—¿Quieres algo de beber?

Niego y nos quedamos en silencio durante unos minutos ya que no sé cómo explicarle la

situación. A estas alturas, lo único que espero es que sus sentimientos hacia mí sean recíprocos.

—Isaac, te pedí que nos viéramos porque necesito decirte algo importante.

—¿Qué sucede? ¿Tienes algún problema?

—No, afortunadamente todo está bien. —Lo veo a los ojos y hablo con voz nerviosa—: Isaac, terminé de reescribir el segundo volumen del libro.

—¡Felicidades! Me alegra mucho.

—Gracias. —Sonrío y entrelazo mis manos que no paran de temblar—. Los editores ya revisaron el manuscrito. Sólo resta una última revisión para que sea aprobado, pero según mi editor y representante, el libro es tan bueno que no debo preocuparme por la posibilidad de que sea rechazado. El punto es que... No sé cómo decírtelo.

—Tranquila, puedes decirme lo que sea.

Sujeta mi mano en señal de apoyo, proveyéndome de la seguridad que necesito.

—Tengo que regresar a Nueva York y probablemente, no regresaré a aquí por muchos meses. Tengo que irme a más tardar, en una semana.

Suelta mi mano y me observa sorprendido. Es obvio que Isaac no se imaginaba que le diría algo así.

—Sabía que las vacaciones no serían eternas. Tenía en cuenta que al finalizar estos tres meses tendríamos que regresar a nuestras habituales vidas, pero pensé que aún teníamos dos semanas para estar juntos.

—Lo sé —respondo con el mismo dolor que él muestra—. Necesito irme porque debo hacer el debido anuncio a la prensa y realizar muchos movimientos. Si no fuera por ello...

—Comprendo.

—No obstante, no me quiero ir sin dar una respuesta a tu proposición de noviazgo.

—¿Qué?

—Que no puedo irme sin rechazarte o aceptarte.

—Qué lindo de tu parte.

La fingida molestia de Isaac me hace reír ya que se ve tierno y eso me encanta. No obstante, con seriedad, me dedico a preguntar aquello por lo que vine.

—Para darte mi respuesta, necesito saber algo. ¿Qué sientes por mí, Isaac?

Mi cuestionamiento lo impresiona, haciendo que sus impactantes ojos azules grisáceos se posen en los míos y contrario a lo que esperaba, contesta con rapidez.

—Te amo, estoy enamorado de ti. Jamás me había enamorado de una mujer, pero estoy seguro de que este sentimiento es verdadero. —Mi corazón se estremece y siento que mis mejillas arden al escuchar lo que sale de sus labios—. Susan, eres perfecta para mí. Sé que parece una tontería que me haya enamorado en tampoco tiempo, más no miento.

—Me alegra escuchar eso. Yo también te amo —contesto con un nudo en la garganta—. Creo que fue bueno el periodo que nos dimos para conocernos porque ahora puedo decirte que eres un hombre magnífico y me encanta todo de ti. —Tomo una pausa breve y dolorosa—. Y ahora, sabiendo que sientes lo mismo, no quiero dejarte ir. Quiero ser tu novia y si es posible, nunca separarme de ti.

A diferencia de la primera vez que nos besamos, en este momento soy yo la que toma la iniciativa y lo beso. Además, en cambio a otras ocasiones en que he realizado la misma acción, esta unión me parece la más hermosa y auténtica que he tenido porque lo que busco no es solamente llegar a algo físico sino demostrarle a Isaac, lo mucho que lo amo. En resumen, jamás podré comparar esto con los besos que me he dado con otros hombres; al fin entiendo lo que Isaac quiso decir respecto a besar sin ningún tipo de emoción.

No quiero que este instante se acabe, pero como nada es eterno en este mundo, terminamos separando nuestros labios.

—No quiero que te vayas —declara abrazándome y acariciando mi rostro—. ¿Me dejarás después de esto?

—No, yo tampoco quiero irme —hablo antes de darle un casto beso en los labios—. Estaba pensando en que podríamos llegar a un acuerdo.

—¿A qué acuerdo? —Pregunta con curiosidad.

—Regresa conmigo a Nueva York. Tú aún tienes dos semanas de vacaciones y podemos aprovechar ese tiempo para estar juntos.

—¿Estás segura? —dice dudoso y agrega—: Me encantaría, pero tú tendrás muchas ocupaciones y tarde o temprano, yo tendré que regresar a España. ¿Qué haremos después?

—No lo sé, quizá... —Medito un poco y cuando creo encontrar una respuesta, por poco salto de la alegría—. Para no interrumpir nuestros trabajos, podríamos vernos los fines de semana. Hablaré con Arthur, él es mi mejor amigo, mi editor y mi representante. Estoy segura que me ayudará para que mi agenda quede libre los fines de semana. El amor ha tocado mi puerta y no quiero perderte.

—Parece una excelente idea. Eres una mujer inteligente —Aprueba mi pensamiento sin titubear y se levanta para tomar su celular que está en una mesa—. Compraré un boleto a Nueva York, ahora mismo.

Cuando Isaac está marcando, escucho el timbre de su departamento sonar y como él también lo oye, deja el celular y camina hacia la puerta para recibir a alguien. Por instinto, dirijo mi vista hacia la persona que ha llamado y es ahí, cuando me quedo sin habla.

9 Amarga realidad

—¿Qué hace ésta prostituta barata en tu departamento?

Steven con rudeza hace a un lado a Isaac y con prepotencia, se abre paso y camina hasta donde me encuentro. Yo, me levanto de prisa para enfrentarlo aunque para ser sincera, no tengo ni la menor idea de qué hace ése idiota aquí.

—¡No le hables de esa forma! —Reclama Isaac en tanto va detrás de él y enfadado, toca su hombro para que Steven voltee—. No te dije nada cuando hace unos meses intentaste golpearla, pero si sigues hablándole así, no solamente te diré un par de cosas sino que también...

—No seas idiota, primo. No debemos discutir por una basura como ella.

—¡No le digas basura! Ni siquiera la conoces.

Como si esto fuera algo ajeno de la realidad y se convirtiera en una obra de teatro, siento que alguien apaga las luces y los actores dejan la escena. Todo pierde sentido para mí mientras mi mente queda en blanco. No escucho nada, tan sólo el proceso de mis pensamientos que tratan de auto convencerse de que el sentido de escucha está atrofiado y que Steven no ha llamado a Isaac «primo». Desde el fondo de mi corazón, espero haber escuchado mal porque si lo que ése desgraciado ha pronunciado es cierto, no sabría qué hacer. Si el hombre que amo resulta que comparte lazos sanguíneos con la basura más grande del mundo...

—¿Primo? —Pregunto perturbada, sosteniendo la mano de Isaac para no seguir torturándome y obtener la verdad—. ¿Steven y tú son primos?

—Sí, pero, ¿cómo sabes su nombre, Susan?

Isaac me mira con desconcierto ya que no es de su conocimiento que conozco a Steven pues sólo le conté que habíamos tenido una discusión porque me había tropezado con él. Por otro lado, yo me quedo anonadada porque todavía no logro procesar esta información que ataca mi alma con la fuerza de mil tempestades.

—No puede ser. Tu apellido es Stewart y el de Steven es Wegner.

—Mi padre y su madre son hermanos —declara Isaac—. Cuando mi tía se casó su apellido cambió a Wegner. Steven lleva el apellido de su padre.

Llevo mis manos a la cabeza. ¡Por fin lo comprendo!

Mi respiración se corta, percibo que mi pulso baja e incluso llego a creer que me derrumbaré en cualquier instante debido a que mis piernas se han vuelto flácidas. Sin embargo, trato de mantenerme en pie.

—Tienes la cara pálida, Susy. ¿Crees que estando así mi primo se acostará contigo?

—¡Steven! Es suficiente ¡Deja de hablarle de esa manera a mi novia!

—¿Tu novia? —Pregunta incrédulo y sonriendo agrega—: No me hagas reír. Lo único que puede ser de ti, es tu prostituta, nada más.

No lo pienso ni un instante. No permito que Steven siga ofendiéndome y con todas mis fuerzas, lo abofeteo.

—¡Cállate! ¡Gay reprimido!

—¡Susan! —Reclama Isaac—. ¡No lo llares gay!

—Déjala, primo —habla restándole importancia a mis actos y mis palabras para dirigirme una expresión cínica—. Y por cierto, ¿te dije que se ha acostado con todos los hombres de esta ciudad?

Aprieto mis manos con furia ya que no puedo creer lo que éste maldito desgraciado ha dicho.

—¿Qué tontería estás diciendo? Susan es una mujer respetable y pura que...

—¿Pura? ¿Respetable? —Suelta una carcajada—. ¿Seguro que hablamos de la misma persona? Isaac, esos calificativos no pertenecen a Susan Mowrer. La verdadera Susan, es una prostituta que duerme con un hombre diferente todos los días, una alcohólica y fumadora empedernida.

—¡Eso no es cierto! —Refuta su descripción de mí—. No entiendo por qué dices esas cosas, pero tú no conoces a Susan como yo. Tú sólo la has visto una vez y fue cuando intentaste golpearla sólo porque tropezó contigo.

—¿Porque tropezó conmigo? —Steve me observa y se ríe—. ¿Eres un idiota? Sólo tú crees que voy a golpear a alguien porque se tropezó conmigo. Por lo visto, además de prostituta, alcohólica y fumadora, también es mentirosa.

—¡Cierra la boca, pedazo de basura! —grito furiosa.

—La que debería cerrar la boca, eres tú, ¿no lo crees, querida? ¿Qué planeabas al decir tantas falsedades? Desde mi punto de vista, no eras más que una desgraciada que quería jugar con los sentimientos de mi primo.

—Tú no sabes nada acerca de mis sentimientos, Steven —expongo sintiendo que me hierve la sangre—. Yo amo a Isaac.

—Por favor, ¡tú no amas a nadie! Y si es cierto, ¿por qué no te atreves a negar mis declaraciones? Vamos, hazlo y ten algo de decencia.

—¡Cállense! —Exige Isaac colocándose en medio de nosotros. A continuación fija sus ojos en mi enemigo—. Steven, quiero que te vayas de mi departamento ahora mismo y tú —dice mientras volteaba hacia mí con frialdad—, necesito arreglar unas cosas contigo.

Trago grueso y doy un paso atrás mientras Steven se marcha triunfante.

Un dolor se instaura en mi pecho. Isaac jamás se ha dirigido a mí con tal ira y desamor. Al contrario, siempre ha sido tierno y dulce conmigo. ¿Acaso todo cambiará? No, no lo deseo. Es la primera vez que me enamoro y no puedo permitir que Steven se entrometa para arruinarme la felicidad.

—Siéntate. —Me pide Isaac con un tono distante y hago lo que me indica para no complicar más la situación—. ¿Qué puedes decirme acerca de las afirmaciones de Steven?

Respiro profundo y trato de contener las lágrimas que amenazan con salir. Luego, cierro los ojos, pretendiendo ser fuerte porque no soy estúpida y sé que esto no es lo mejor que me pudo haber acaecido.

—Admito que sí lo conozco y desde hace muchos años. Te mentí, pero no creí relevante decírtelo.

—¿No creíste relevante decírmelo?! —Se hace el cabello hacia atrás y me levanta la voz—. Te pregunté por qué quiso golpearte y me mentiste. Se supone que cuando te lo pregunté, estábamos dándonos un tiempo para conocernos y no quisiste decirme la verdad.

—¿Tú no me dijiste que era tu primo! —Exclamo levantándome para estar frente a frente con él.

—Lo sé, hice mal —comenta con algo de pena.

—¿Te das cuenta? —Me levanto, me acerco a él y acaricio su rostro—. Ambos omitimos cosas. No hay razón para enfadarse.

Sin soportar esta distancia emocional, hago un intento de romper la muralla y aproximo mis labios a los suyos. Pese a ello, él me rechaza, haciéndome a un lado.

—Yo omití algo, tú me mentiste.

—Yo soy la única mala en la historia, ¿verdad? —Digo dolida—. Tú me hiciste daño al omitir que Steven era tu primo. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Intenté decírtelo cuando nos conocimos, pero tu celular sonó y nos interrumpió. Luego, te marchaste —menciona con tristeza—. Y para ser sincero, no quería que pensaras que era igual que él.

—Y yo no te hablé de Steven porque no quería que te dieras cuenta de mis problemas con él. Tu primo y yo nunca hemos tenido una buena relación y siempre que nos encontramos peleamos. No quería que tuvieras un mal concepto de mí.

Nos miramos en silencio durante unos minutos, quizás pensando en lo mismo: que somos un par de tontos que sólo buscaban dar una buena imagen ante el otro. Por tal razón, lo beso con necesidad y esta vez sí me corresponde y, magníficamente. Él me sostiene de la cintura mientras hace mi boca suya. Nuestros labios se mueven a un mismo compás, pero tras unos minutos me suelta.

—Te amo, Isaac. Olvidemos esto y comencemos de nuevo.

—Yo también te amo, pero no eres la mujer que yo quiero en mi vida. —Sus ojos dejan de verme al bajar la mirada—. Pensé que te conocía y ahora no sé quién eres. No puedo seguir a tu lado y mucho menos, irme contigo.

Mis ojos se llenan de lágrimas. No puedo creer que me diga eso.

—¿Qué estás diciendo? Hasta hace un par de minutos teníamos todo planeado. Sé que debes sentirte mal. Te dije una mentira, pero fue porque no quería que tuvieras una mal percepción de mí. Tú también hiciste eso.

—Si sólo fuera eso, no me importaría nada y me iría contigo. —Camina un par de pasos, dándome la espalda—. Admito que puedo perdonar el que me hayas mentido diciéndome que no conocías a Steven, pero lo demás no.

—¿Lo demás? ¿A qué te refieres?

—Nunca me dijiste que eras una alcohólica, fumadora y una mujer...

—¿Yo no soy nada de eso! —Grito interrumpiéndolo.

—¿Steven lo dijo! —Exclama volteando hacia mí—. ¿Por qué me mentiría?

—Porque es un tarado —declaro con firmeza, pero mis emociones se desbordan y mi voz se apaga—. Yo... yo... Bebo alcohol y fumo ocasionalmente. Jamás me he emborrachado, bebo con moderación. No soy una adicta. Y en cuanto a lo de fumar, casi nunca lo hago.

—¿Y qué me puedes decir acerca de tu vida sexual?

—No soy ninguna monja, más tampoco soy una ninfómana. Sí, he tenido sexo con algunos

hombres, pero no me acuesto con un hombre diferente cada día. Yo...

—Pensé que conocía a la verdadera Susan. ¿Por qué nunca me dijiste como eras en realidad?

—Isaac, estás en un error —expongo y sostengo su mano—. Tú me conoces bien y siempre me mostré realmente como soy contigo. Nunca te hablé acerca de que tomaba, fumaba y había tenido algunas parejas sexuales porque pensé que lo sabías.

—¿Pensaste que lo sabía? ¿Estás loca? Pensé que delante de mí había una mujer pura y respetable ¡Una mujer que era igual o más religiosa que yo!

Mi corazón se rompe en mil pedazos; las palabras de Isaac se me incrustan como millones de espadas.

Sin poder contenerme lloro porque ahora entiendo esta escena que Isaac me ha hecho: Él es religioso. Me enamoré de un religioso ortodoxo.

Derramo mis lágrimas como nunca antes pues reconozco que esto no tiene solución. Isaac y yo hemos terminado para siempre y no sólo porque cuando era más joven, me juré que jamás me enamoraría de un hombre que tuviera la misma mentalidad de mis padres, sino porque aunque pasara todo un día explicándole la situación, jamás me escucharía. Para personas como él, la religión está por encima de todo.

—Estoy decepcionado —comenta lo único en lo cual concordamos—. Luego de conocerte, les pregunté a muchas personas acerca de ti y tu familia. Todos me dijeron que provenías de una familia religiosa de buenas costumbres. Se refirieron a ti como una joven maravillosa, sin vicios y virgen.

—Ese el problema, ¿verdad? —Señalo enfadada, limpiando mis lágrimas—. Tú querías a una puritana. Una mujer que no tuviera ningún tipo de vicios y que fuera virgen, no a una libertina como yo. —Suspiro tratando de controlarme y lo veo furiosa con mis ojos castaños ya que ha tocado aquello que odio—. Te diré tres cosas: ¡Nadie a mi edad es virgen! ¡Nadie a mi edad no ha probado el alcohol o el cigarro! ¡Tú no eres el único decepcionado! —Dejo de gritar y añado—: Pensé que eras un hombre diferente. Tú nunca me has amado.

—¡Claro que sí!

—¡Claro que no! Cuando amas, debes aceptar a una persona tal y como es, no por su hoja de vida. —Percibo la duda en Isaac y al ver cómo abre la boca, digo—: No te molestes, no digas nada. El único amor que puedes ofrecer es uno ortodoxo.

Observo dolor en Isaac, un dolor que comparto. Sin embargo, ya inicié a sacar toda mi ira provocada por la falta de flexibilidad del hombre que creí me amaba y no pienso parar. Si alguien va a culminar con esto, seré yo.

—Susan, yo...

—Para tu información —explico levantando mi mano para callarlo—, yo sí me enamoré de ti y me arrepiento. Jamás pensé que creerías esas mentiras acerca de mí. Déjame decirte que las afirmaciones de Steven son exageradas, pero si tú le quieres creer, está bien. Dile a tu primo que puede estar tranquilo, nuestra relación, obviamente terminó.

Camino hacia la puerta, tratando de aparentar una firmeza que no tengo y aprieto mis manos para no derrumbarme al saber que Isaac no da ni un paso detrás de mí.

—Por cierto, religioso ortodoxo —enuncio, dando el golpe final—. Si quieres hablar de mí y odiarme, no puedo irme sin decirte esto: Hace un mes y medio tuve sexo con un hombre y fue maravilloso, el problema fue que en toda la relación sexual pensé en ti.

Abro la puerta y salgo corriendo.

Observo a través de la ventana que el avión aterriza y me limito a abrazar la pequeña mochila con la que regreso a Nueva York. En ésta, regreso con lo único que llevé: mi celular, un iPod, una mini laptop, mi maquillaje, una pequeña libreta con mi hermoso bolígrafo por si se me ocurría algo cuando saliera y no tuviera mi ordenador al alcance. Nada más y nada menos. Así como me fui vacía, regreso sin nada. Aunque miento, vuelvo más destrozada de lo que estaba.

Quisiera que esto fuera un sueño. Súbitamente conocí el amor y también, de forma repentina, éste se fue de mi vida.

Me siento culpable de no haberme dado cuenta antes de que Isaac era un ortodoxo y es que fui una estúpida porque todo apuntaba a ello. Después de todo, Isaac jamás me pidió tener relaciones sexuales y hasta en una ocasión, me dijo que no quería besarme sin sentimientos y sólo me besó una vez sin ser novios.

¡Soy una tonta que nunca deseó darse cuenta de lo que tenía al frente!

Por si fuera poco, no me he sentido tranquila y es que aunque hoy tuve que despedirme de mi familia, tengo miedo. No me gustaría que Isaac haga lo mismo que Steven hace un par de años y hable de mí por toda la ciudad o peor aún, por todo el mundo. No quiero manchar mi reputación y menos, con mentiras y exageraciones en cuanto a mi forma de vivir. No deseo lidiar con la prensa porque a él o alguien más, se le ocurra añadir que tengo alguna adicción hacia las drogas o algo así ya que si he aprendido algo, es que a la gente le gusta exagerar todo.

Finalmente, y tras un largo viaje, bajo del avión y busco a Arthur y Joselyn quienes prometieron venir a buscarme. Así, en unos segundos, observo de lejos a la hermosa pareja quienes sin duda, son infinitamente felices.

Quizás es horrible de mi parte, pero siento envidia de mis amigos. Ellos tienen la felicidad que yo nunca conoceré; esa felicidad que estuvo alguna vez en la palma de mi mano y que Isaac destruyó por haberse comportado de la forma en la que lo hizo.

Dolida, corro hacia mis amigos y al instante, ellos me envuelven en un abrazo mientras yo lloro desconsoladamente durante minutos.

—Tranquila Susan, todo está bien.

—No, no lo está Arthur. Isaac me odia y yo quisiera odiarlo, pero no puedo. Lo amo demasiado.

—No llores —continúa él consolándome—. ¿Sabes? No vale la pena que llores por un hombre que no te ama. Quizá te duela esto, pero si él te amara, no te hubiera dejado ir. Si el tal Isaac tuviera un verdadero amor hacia ti, hubiera permanecido a tu lado sin importar nada.

—Arthur tiene razón —secunda Joselyn y agrega—: Ahora te sientes mal, pero ya pasará. Todos, en algún momento, pasamos nuestra primera desilusión amorosa. Algún día encontrarás un hombre maravilloso que te amará tal y como eres. A él no le importará si tomas, fumas o con cuántos hombres has estado antes.

—Me siento mal. No sé si dejaré de amar a Isaac.

Los abrazo con más fuerza y termino de desahogarme.

Aún no tengo idea de cómo quitaré a Isaac de mis pensamientos, más considero que teniendo a mis mejores amigos a mi par, seguiré adelante.

Tomando un poco de aliento, me marcho hacia el departamento de Joselyn por esta noche, para no preocupar a Arthur.

10 Mi dolor

«El despertar del Fénix 2», es todo un éxito. Desde hace un mes está disponible en las librerías de más de cincuenta países y gracias a esto, he estado ocupada con entrevistas, firmas de autógrafos y muchas otras cosas. Sin embargo, a pesar de mis ocupaciones, no he logrado sacar de mi mente a Isaac y no sé si se deba a que todavía lo amo pese a seguir sintiéndome decepcionada por la manera en que me trató después de habernos declarado amor o simplemente, porque ahora, un poco más relajada en cuanto a mi nivel de enfado, considero que nunca mis labios debieron haberse abierto para pronunciar mis últimas palabras hacia él.

Suelto un suspiro y me acuesto en el sofá en tanto coloco una almohada en mi cara.

En definitiva, hubiera sido mejor quedarme callada. Creo que empeoré la situación por mi estupidez y maldito orgullo. Quizás, si sólo me hubiera ido, no sentiría que tengo un infierno dentro de mí que me está consumiendo y asesinándome a paso lento. Tal vez, no me estaría forzando a mí misma a sonreír para mi público cuando por dentro estoy destrozada y posiblemente, no tendría que hacerme la fuerte frente a Arthur y Joselyn que siempre están conmigo tratando de ayudarme.

No obstante, pensando en todo esto, lo ideal sería que nunca hubiera conocido a Isaac.

Sintiendo que mis lágrimas quieren volver a aflorar, repentinamente, el timbre de mi apartamento suena y me saca de mis pensamientos. Me levanto y camino hacia la puerta para encontrarme con mi amiga de rojos cabellos.

—¡Hola! —Grita ella feliz y me abraza—. ¿Cómo está la escritora número uno del mundo? —Asiento para demostrarle que estoy bien y al entenderlo, Joselyn agrega—: Te traje estos chocolates.

—Gracias, te lo agradezco mucho.

Recibo la dádiva y me propongo cerrar la puerta, más me lo impide la mano de Arthur que aparece de un momento a otro.

—No me cierres la puerta en la cara —menciona divertido.

Me hago a un lado para que él ingrese y en cuanto lo hago, él me presenta una botella de champagne que sólo me trae dolor.

—Arthur...

—Traje esto para que bridemos —dice interrumpiéndome y cerrando la puerta—. ¿No sabes por qué? Pues bueno... ¡Te conseguí una entrevista en uno de los mejores programas de televisión del país!

—Gracias —expreso de forma seca, no tan emocionada como él—. Arthur, eres un gran

representante, pero no quiero beber. Si tú y Joselyn lo desean, adelante. Por mi parte, me abstendré por el día de hoy.

Regreso hasta el sofá donde estaba previamente sentada y aunque mis amigos tratan de disimular, noto que Joselyn le dedica una mirada de enfado a Arthur, a lo cual éste, la observa desconcertado.

—Cariño, ¿cómo se te ocurre traer Champagne?

—Lo siento —pide acercándose a mí y colocando la botella en la mesa de centro—. ¿Preferirías que brindáramos con refrescos, Susan? —Niego—. Susy, perdóname. No quiero que pienses que soy un desconsiderado, pero pensé que estabas lista para ser la mujer de antes.

No respondo, me quedo callada. No puedo decirle a Arthur que jamás volveré a ser la misma Susan que conoció. Mi vida ha sido diferente desde que me encontré con Isaac.

—¿Por qué no hablamos de otra cosa? —Comenta inteligentemente Joselyn—. ¿Cómo va el embarazo de tu hermana?

—¡De maravilla! —Explico sonriente, mudando mi semblante por completo—. Andrea tiene ocho meses de embarazo. Ella tendrá un hermoso varón. He estado enviándole todo tipo de cosas para el bebé. Tal vez no pueda estar con ella, más quiero que mi sobrino esté al tanto de que tiene una tía que lo adora.

—¡Qué lindo! —Exclama ella tan emocionada como yo—. Ahora que lo recuerdo, tu hermana se miraba hermosa en la fiesta oficiada por la editorial para el lanzamiento del libro. Ése día estaba toda tu familia presente. Todos estaban orgullosos y felices por ti.

Sin más y, analizando que este tema es el mejor para mi estado de ánimo, empezamos a hablar de lo que sucedió en el lanzamiento de mi obra y del embarazo de mi hermana.

—¡Ah! Se me olvidaba —hablo de repente—. Ayer compré un regalo para mi sobrino.

—¿Dé que se trata? —Pregunta Joselyn con alegría.

—Compré: «El principito» —respondo sonriente—. Y quiero dejar en claro que reconozco que mi sobrino no leerá en cuanto nazca, pero pensé que sería tierno que Andrea se lo lea por las noches. —Me levanto de mi lugar y hablo—. Espérenme un momento, iré a traerlo y se los enseñaré. Estoy segura que les encantará la dedicatoria que coloqué para él.

Doy un paso adelante, pero Arthur me detiene.

—Dime dónde está —indica con cortesía—. No te molestes. Yo iré a traerlo por ti.

—Está en mi estudio. En el tercer cajón del escritorio. —Veo que camina hacia donde le he indicado y levanto mi mano con ánimo para agradecer su gesto—. ¡Gracias!

Arthur se pierde de mi vista y continúo conversando con Joselyn con entusiasmo. Pese a ello, tras varios minutos, entro en pánico al recordar que en el mismo sitio donde está el regalo para mi sobrino dejé...

—¿Qué significa esto?!

Trago grueso y me limito a mirar a Arthur enfadado que sostiene entre sus manos aquello que no debía encontrar.

—¿Por qué le hablas así, Arthur? ¿Qué es ese tono de voz? —Cuestiona Joselyn—. Sólo es el segundo volumen de su libro, ¿qué tiene de malo?

—No sólo es el segundo volumen, también es la primera copia que sacó la imprenta.

—¿Cuál es el problema? —dice ella sin entenderlo—. Eso es de ella. Susan lo pidió a la editorial.

—¿Y lo pidió para firmarlo y obsequiárselo a Isaac? —Sus ojos se posan en los míos con ira—. ¿Hiciste tremendo berrinche durante toda una semana al consejo editorial para esto?

Joselyn le arrebató el libro y sin pedir autorización, lee:

—Para mí fanático número uno. Para el amor de mi vida, aquel que me recordó mis orígenes de escritora. Con todo el amor del mundo, te dedico este libro. Firma, Susan Mowrer.

Ella me observa atónita y sin soportarlo, lloro de nuevo pues lo menos que deseaba en este mundo, es que ellos encontraran ése libro.

—No es lo que ustedes piensan.

—Prometiste qué harías tu mayor esfuerzo para olvidar a Isaac. —Reprocha Arthur—. ¿Cómo se te ocurre tomar la primera copia de la imprenta y dedicársela a ése desgraciado?

—¡Arthur, no le hables de esa forma! —Le amonesta su novia.

—¡Tú no lo entiendes! —reclamo herida—. Le prometí a Isaac que sería de los primeros en leer mi obra. Tal vez él no haya sido de los primeros en leerla. Así que, para compensarlo, le firmé el primer texto impreso. A la verdad, ya no estoy con él, pero soy una mujer de palabra y para mí, mis fanáticos son primero.

Lo único que hace Arthur es llevarse una mano a la cabeza en tanto niega.

—¡No puedo creer lo que estás diciendo! —Se acerca y me sostiene de los hombros—. Ese hombre es un maldito que te ha hecho daño. Por su culpa no eres la misma Susan alegre y divertida. ¿Qué? ¿Planeabas enviárselo? —Airado, le arrebató el libro a Joselyn y lo coloca en mi cara—. Este libro no va dirigido a un fanático, va dirigido a un amor. Ya es hora de que salgas del luto. Ya es hora de que vayas a una fiesta, de que tomes, fumes y tengas algo de sexo. Olvida a ése malnacido. —Toma una pausa que creo que es para controlarse pues lo escucho cambiar de tono—. Escúchame bien, te estás haciendo daño a ti misma teniendo este libro. Si tú no te quieres ayudar, yo seré quien vele por tu bienestar.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a deshacerme de este texto —declara soltándome—. De esta forma, no tendrás nada para recordarlo.

No puedo creer lo que veo y es que aunque Arthur no parece bromear, por un segundo he guardado la esperanza de que esto sea una vana advertencia. A pesar de ello, él saca un encendedor de su bolsillo con la intención de quemar mi libro. Por tal razón, corro hacia él donde para mi fortuna, logro empujar a Arthur y le quito el libro antes de que cumpla su palabra.

—¡Ustedes no me comprenden! No puedo olvidar a Isaac. ¿No se percatan de que sólo han pasado tres meses? —Observo a Arthur y le digo—: ¿Olvidarías a Joselyn en un trimestre? —Luego, me dirijo a ella y pregunto—: ¿Olvidarías a Arthur en tan poco tiempo?

—Susan, cálmate —sugiere Joselyn tratando de serenarme.

—¡No! ¡Ustedes tienen una maldita vida perfecta! Se aman y saben que ambos sienten lo mismo. A ninguno de los dos les importa si el otro tiene vicios o si ha estado con otras personas antes. En dos meses y medio se casarán y vivirán felices. ¡Todo el mundo es feliz menos yo!

Salgo corriendo hacia mi habitación. Cierro la puerta y coloco el seguro porque no quiero verlos por ahora.

Así, a pesar de que tanto Arthur como Joselyn tocan la puerta de mi cuarto con desesperación, los ignoro y me desahogo en llanto mientras abrazo el libro. Y tras una eternidad donde al parecer mis amigos se dan por vencidos porque dejo de oír sus golpazos contra la puerta, les agradezco desde el fondo de mi corazón que respeten mi privacidad.

Poco a poco, los minutos transcurren y en un determinado momento, pierdo la noción del tiempo. Así que, después de lo que creo se han hecho horas, dejo de llorar.

Algo más sosegada, pero con el dolor aun persistiendo, escucho que el teléfono suena.

A la verdad, no me encuentro en condiciones como para atender a nadie, por lo que ignoro el sonido del aparato, en espera de que Arthur o Joselyn contesten. Pese a ello, el teléfono suena una

y otra vez. Nadie contesta la llamada e inicio a pensar que mis amigos se marcharon.

Sigo sin levantarme.

La insistencia de la persona al otro lado de la línea, me fastidia y me preocupa. ¿Será algo urgente? Espero que no, pero ¿qué tal si es mi hermana quien tiene una urgencia y me necesita?

En vistas de que se trate de algo importante, me levanto de mi lecho para ir a la sala. Sujeto el teléfono luego de cerciorarme de que estoy sola en el departamento y contesto la llamada.

—¡Hija! ¿Cómo estás, Susan?

—Bien, mamá —digo sin ánimo y de paso, mintiendo.

—Me alegra, cariño. Tu padre, Andrea y yo, te extrañamos mucho. Estamos bien, pero sobretodo, muy orgullosos de ti. Es más, todos en Ashland hablan de ti, eres el orgullo de la ciudad.

No respondo y analizo una forma de cortar esta conversación ya que me siento arrepentida por contestarle. Debí quedarme en mi cama.

—Qué bien, pero mamá, tengo muchos asuntos pendientes de los cuales debo encargarme —comunico otra mentira—. Si esto es todo lo que tenías que decirme...

—No, claro que no. ¡Y no te atrevas a cortar la llamada! —Me interrumpe con su usual voz autoritaria, pero extrañamente, cambia cuando ablanda su tono antes de declarar—: Hija, mi insistencia se debe a que necesito comunicarte algo que haremos como familia y no quiero que luego te enojés por eso o malinterpretes la situación.

—Comprendo —anuncio sacando una conclusión rápida de lo que se puede tratar—. No podré ir al *babyshower* de mi hermana. Sin embargo, pueden realizarlo sin mí. Mi ausencia no será una razón para enojarme. Sólo quiero un par de fotografías del evento.

—Gracias, pero no es acerca de eso —comenta ella nerviosa—. Es que, mañana saldremos a la celebración de unas nupcias.

—Mamá, ustedes pueden ir donde quieran —digo un tanto molesta—. Si tienen una invitación para mí, no importa. Mañana compraré un regalo, se lo enviaré a los novios y me disculparé por no asistir. Incluso, buscaré una edición de mi libro, la firmaré y también se los daré como regalo. —Sujeto una libreta pequeña y una pluma que están junto al teléfono—. ¿Cómo se llaman los novios? Así podré colocar sus nombres en el libro.

—Susan, tú no estás invitada —señala mi progenitora con pena.

—¿Ah, sí? —Expreso asombrada, pero también contenta—. Eso es raro. En Ashland siempre me invitan a ese tipo de cosas. Muchísimo mejor. No me molestaré.

Hay una breve pausa en la conversación y yo, abro mi boca para despedirme de mi madre de una vez por todas porque no creo seguir manteniendo por más tiempo esta actuación. Me siento mal y pretender que todo está bien me hace sentir peor.

Con todo, antes de que hable, mi madre se adelanta y dice:

—Creo que será mejor que te lo diga sin dar vueltas. Cariño, no te invitaron porque uno de los novios es de la familia Wegner.

—¿Steven se casará? —Pregunto sorprendida.

El silencio vuelve a reinar y en esta ocasión es debido a que no puedo creer que el maldito cumplió su sueño al casarse con alguien para cubrir las apariencias.

Mi primer impulso es reírme de Steven y de la gente que ya no sospechará de que él es homosexual. Pese a ello, me reprimo por mi madre y en respeto a la pobre chica que estará pensando que se casará con todo un hombre.

—Entiendo por qué no me invitaron. Tranquila, ustedes pueden ir, no hay problema.

—Hija, no lo entiendes —expone ella adolorida—. Susan, el que se casará es Isaac.

Ahora, paso a la estupefacción. ¿Isaac se casará? Eso es imposible, él no puede hacerlo.

—¿Estás segura de lo que dices? Isaac no se apellida Wegner sino Stewart.

—Por supuesto que lo sé, pero como la familia Stewart no es conocida aquí, todos hablan de la boda del sobrino de la señora Wegner. Es decir, la boda Wegner —expone con verborrea—. Hace una semana, vino a nuestro hogar la mamá de Steven a dejar la invitación. Ella dijo que su sobrino Isaac se casaría aquí en Ashland porque su prometida era originaria de esta ciudad. ¿Adivina quién es? ¡Rose Fowler! Tu compañera de secundaria.

—¿«La santa Fowler»? —Indago impactada y desesperada agrego—: ¿Qué más dijo la señora Wegner?

—Según ella, como su sobrino ha estado soltero hasta esta edad, quiso ayudarlo y le presentó a Rose en cuanto vino a la ciudad. Isaac al principio no parecía interesado en ella, pero hace tres meses y medio, justo cuando tú te fuiste, él empezó a buscar a Rose y a salir con ella. Después, Isaac regresó a España, más mantuvo contacto y hace un mes, pidió la mano de Rose para convertirla en su esposa.

Mi garganta se seca, mis músculos se ponen rígidos y las lágrimas que habían parado, vuelven a salir ante toda esta información que me ha sido dada de golpe.

Suelto el teléfono y éste cae al suelo.

Mi corazón se constriñe al saber que Isaac se casará por el rencor que guarda hacia mí. Sinceramente, aceptaría su boda si supiera que se casa porque se enamoró, pero eso no es posible. Según lo que ha dicho mi madre, mi conclusión es que él me odia y quiere olvidarme.

En mi dolor, escucho asustada a mi madre y pese a que no sé cómo es que reacciona mi cuerpo, recojo el teléfono.

—¡Por Dios! ¡Qué susto me has dado! Pensé que te había sucedido algo. Hija, perdóname por decirte esto, pero tenía que hacerlo ya que tarde o temprano lo sabrías. Y por favor, discúlpanos por ir a la boda, pero tú sabes que los Wegner son nuestros amigos y la gente hablaría mal de nosotros si no asistimos.

—¿Dónde se oficiará la boda? —Interrogo sin prestarle atención—. ¿A qué hora dará inicio?

—Se realizará en la iglesia de la ciudad, a las tres de la tarde —informa antes de continuar con aquello que tanto me molesta de ella—. Mi amor, discúlpanos, no podemos perdonar a Isaac porque sabemos que él te ilusionó, pero...

Corto la llamada, no quiero escuchar más de esto ni de las estúpidas justificaciones de mi madre en donde como siempre, antepone la sociedad antes que a su familia.

Sin perder otro segundo, vuelvo a utilizar el teléfono para llamar al aeropuerto con la intención de comprar un pasaje de primera clase para hoy mismo, pero para mí desgracia, no hay vuelos disponibles. No obstante, adquiero un boleto para irme mañana en el primer vuelo.

—¡Susan! —Escucho la voz de Arthur y la puerta principal abrirse. Posterior, siento que él se acerca a mí y me abraza—. Perdóname por lo de hace unas horas. Juro que lamento mucho haberme comportado de tal manera. Soy un idiota. Tú sabes que te quiero y me duele verte destrozada.

—No te preocupes, supongo que yo también me sobrepasé.

Mi amigo me suelta y doy media vuelta para ver que Joselyn está a un lado.

Muerdo mis labios y no lo pienso dos veces. Al fijar mis ojos en ambos, decido comunicarles mi decisión de último momento.

—Mañana regresaré a Ashland a primera hora. No sé cómo y soy consciente de que es una tontería, pero detendré la boda de Isaac con «La santa Fowler».

Tanto Arthur como Joselyn se observan impactados. Ninguno parece creer mis palabras o más

bien, entenderme.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te sientes bien? —Cuestiona Arthur—. Mañana tienes una entrevista.

—Lo sé, pero debo irme. Me siento pésima. Mi mamá acaba de llamarme y me informó que Isaac se casará mañana. Estoy segura que lo hará porque está dolido. Él debe pensar que ella es la indicada y quizá sea así porque conozco a Rose y es igual de puritana, religiosa y ortodoxa que él, más no puedo dejar que se case. Necesito que al menos me escuche. Compréndame, si me rechaza, les juro que regresaré y me olvidaré de él para siempre y además, trabajaré como una maniática para compensar mi estupidez.

Trato de modular mi respiración en cuanto termino de explicar con mi situación con verborrea. Jamás pensé que en algún momento adquiriría esa forma de hablar de mi madre y no me interesa ya que únicamente observo la reacción de mis amigos con ansiedad.

—Si no te vas y hablas con él, te sentirás culpable, ¿verdad? —señala Joselyn.

Asiento. Joselyn se acerca a Arthur y lo abraza. Él asiente y sonrío.

—De acuerdo, pero no hagas ninguna tontería que arruine tu carrera. Recuerda, te costó mucho llegar hasta acá. No lo arruines por un hombre.

11 Speak now

Salgo de la casa de los Wegner completamente nerviosa y a la vez asustada por las palabras que le dije a Isaac.

En cuanto regresé a Ashland fui directamente a buscarlo y como conozco perfectamente el hogar de Steven y previamente, me informaron de que Isaac estaba allí, me escabullí y entré al cuarto donde él se estaba colocando su traje de bodas.

Me duele profundamente el que Isaac no deseara escucharme, pero no puedo rendirme. No puedo soportar el que se case con otra mujer.

Así, me dirijo a la casa de mis padres donde no hay absolutamente nadie y esto, suma otro dolor a mi alma pues es triste saber que mi familia se fue a la boda del hombre que amo e ignoraron mi sufrimiento con tal de no padecer ante el dedo señalador de la sociedad si no asistían al evento.

Tragando grueso ante esta bofetada, voy a mi habitación y saco del armario un hermoso vestido negro que compré cuando estaba de vacaciones y que aún permanece en el mismo sitio. Luego, me maquillo porque al fin y al cabo, quiero verme bien ante Isaac y más, si decide escapar conmigo.

Tras un tiempo, salgo de mi casa y mientras tomo un taxi rumbo a la iglesia, sigo escuchando la canción «Speak Now» de Taylor Swift la cual por cosas de la vida, terminó siendo reproducida aleatoriamente en mi celular cuando regresaba a Ashland en mi intento de serenarme un poco para lo que me esperaba.

Para ser franca, no me imaginé que esa melodía se pegara tanto a mi mente como para usarla al hablar con Isaac, pero lo que pido, es que mi miedo de que él no se escape y me vea obligada a hacer una locura como le advertí y como la de la canción, no se cumpla.

*No soy el tipo de chica
que debe irrumpir bruscamente en una ocasión de velo blanco,
pero tú no eres el tipo de chico,
que debe estar casándose con la chica equivocada.*

La canción se vuelve a repetir desde el inicio, por lo que vuelvo a escuchar el primer párrafo. De éste, debo mencionar que tiene mucha razón respecto a lo que estoy viviendo. Yo, en ocasiones

puedo ser algo explosiva, pero irrumpir una boda es lo último que haría y menos, porque mis padres estarán presentes así como la mayoría de habitantes de la ciudad. Y sí, quizás mis progenitores no pensaron en mí, más yo sí pienso en que ellos morirán de la vergüenza si arruino las nupcias. Esto, sumado a que probablemente seré noticia de primera plana en periódicos y programas televisivos, no me hace ver el plan de interrumpir en la ceremonia, como algo viable. Sin embargo, él sólo pensar en que Isaac es un hombre bueno y que no debería casarse con una mujer a la que no ama, hace que mi cordura se rompa.

*Entro a escondidas y veo a tus amigos
y a su pequeña y presumida familia, todos vestidos de color pastel.
Y ella le está gritando a la dama de honor,
en algún lado dentro de la habitación,
llevando un vestido en forma de pastel.*

No quiero que nadie me vea. Así que, al llegar a la iglesia, me dirijo rápidamente a las habitaciones traseras del templo donde en mis ensoñaciones, espero encontrar a Isaac hablando con Rose y explicándole que no puede casarse con ella. No obstante, al echar un vistazo al primer cuarto, observo a la estúpida familia Wegner.

¡Pobres, idiotas! Todos en la ciudad piensan que son la familia perfecta y por ello, son unos malditos engreídos. Quisiera ver su cara cuando se enteren de las preferencias sexuales de Steven.

Dejo de prestarles atención a los Wegner porque no se la merecen y continúo mi búsqueda en la cual sí hallo a Rose y ésta, para mi pesar, parece emocionada por la forma en que se mira y da vueltas frente al espejo con su hermoso vestido que parece un pastelillo.

Al contrario de lo que dice la canción de Taylor, Rose no le grita a la dama de honor. Jamás lo haría. Por algo en la secundaria la llamaban «La santa Fowler». En Ashland o tal vez en el mundo, no se podría encontrar mujer tan perfecta. Después de todo, ella era la encarnación del bien: una chica virgen, sin vicios, educada, humilde y responsable hasta más no poder. En resumen, Rose Fowler tiene una vida demasiado pulcra y ella en definitiva, ni siquiera le gritaría a su perro.

*Esto es sin duda, lo que no pensé que sería.
Me perdí a mí misma en un día de ensueño
donde me paro y digo:
No digas sí, escapa ahora.
Te veré cuando estés fuera de la iglesia, en la puerta trasera.
No esperes, o digas un sólo voto.
Necesitas escucharme.
Y dijeron: habla ahora.*

¡Cuán bien se aplica esa maldita canción que perturba mi mente a mi vida!

Camino en dirección al templo mientras siento que no puedo con los nervios y que estoy completamente perdida ya que por lo que he visto, Isaac no piensa hablar con Rose y hacer caso a mi petición de escaparnos. En resumen, a como se desarrolla la situación, ya casi estoy imaginándome levantándome y diciendo frente a todos el coro de la canción.

*Gestos divertidos se intercambian
y el órgano empieza a tocar*

*una canción que suena como una marcha de muerte.
Y yo estoy escondida entre las cortinas,
parece que no fui invitada por tu querida futura novia.*

Mis piernas tiemblan cuando estoy en una esquina de la entrada del templo al ver que todos parecen felices porque la boda está iniciando. Para ser precisa, todos los presentes sabemos esto porque los músicos tocan la marcha nupcial que anuncia la entrada de la novia. Y justamente, volviendo mi mirada por instinto veo que a pocos pasos de mí, Rose entra con una enorme sonrisa con la cual entiendo que lo que para ella es una sinfonía angelical, para mí, es una marcha fúnebre.

Y como si esto no fuera lo suficientemente doloroso, lo que termina de romperme es observar en el altar a Isaac, esperando a su prometida.

Aprieto de forma inconsciente las cortinas de la entrada de la iglesia en donde trato de esconder mi presencia.

¿Será que pueda soportar este sufrimiento?

Tal vez cometí un error en venir, pero es algo que no pude evitar al saber que no fui invitada, no por Rose, sino por la familia Wegner y por el mismo Isaac.

*Ella flota por el pasillo como una reina de concurso,
pero sé que tú deseas que fuese yo.
Deseas que fuese yo,
¿no es cierto?*

Rose camina del brazo de su padre, el señor Fowler. Y si no estuviera consciente de que este es el mundo real, juraría que estoy en una novela de fantasía donde uno de los personajes flota en medio de todos. ¿Por qué mi aseveración? Pues porque Rose parece que hiciera eso mismo en tanto hace su recorrido hacia al altar.

Ahora entiendo lo que mi madre siempre dice: cuando una mujer se casa, se siente y es vista por todos como la mujer más hermosa, pero nada se puede comparar a la sensación de levitar debido a la emoción.

Trago grueso y rápidamente, dirijo mis ojos castaños a Isaac quien con su expresión me martiriza por la felicidad y orgullo con que mira a Rose.

Me duele el pecho porque a mi mente viene la idea de que desea casarse, pero luego me siento reconfortada como por una suave brisa, cuando me percato de que Isaac cambia de expresión y mueve su cabeza de un lado a otro como si por un momento, sus pensamientos estuvieran en otro lado y los tratara de colocar.

Sonrío como hace días no lo hago.

Quizá es una vana añoranza, pero quiero creer que Isaac probablemente pensó en mí como la mujer que caminaba hacia el altar; quiero creer que él desea que yo estuviera ocupando el lugar de su prometida.

*No digas sí, escapa ahora.
Te verá cuando estés fuera de la iglesia, en la puerta trasera.
No esperes o digas un sólo voto.
Necesitas escucharme.
Y dijeron: habla ahora.*

El coro de Speak Now inunda mis sentidos. Lo repito una y otra vez en mis adentros a manera de súplica.

En este momento, mi mayor deseo es que el hombre que se dijo ser mi mayor fan, el que supuestamente tenía a un paso de la locura del amor, me escuche y termine con esta tontería.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Interroga mi hermana, interrumpiendo mis pensamientos y tirando de mi brazo—. ¡Dios! ¡Estás pálida y helada! Si mamá se da cuenta de que volviste, te matará. Ven, siéntate conmigo y con Daniel.

Me dejo llevar por Andrea como una niña del brazo hasta el lugar donde Daniel se encuentra y mecánicamente, tomo asiento junto a ellos.

Observo que tras un breve lapso de tiempo, mi hermana se levanta y leo en sus labios que va por un poco de agua. Supongo, que es porque como mencionó, me veo demasiado mal. Es más, termino de creer eso por la manera en que Daniel me abraza.

No digas sí, escapa ahora.

Te veré cuando estés fuera de la iglesia, en la puerta trasera.

No esperes, o digas un sólo voto.

Tu tiempo se está acabando.

Y ellos dijeron: habla ahora.

La ceremonia sigue su curso mientras me desvanezco a cada minuto. Mi cuerpo tiembla y las lágrimas se apoderan de mis ojos. Ni siquiera el abrazo de Daniel, logra que me tranquilice.

Cierro mis ojos y en tanto el tiempo de Isaac para decidir se acaba, pido con todo mi corazón que él no acepte a Rose como su esposa porque quiero que escape, que me espere en la puerta trasera y regresemos juntos.

—Sé que lo que te diré no está nada bien, pero... Isaac no parece estar feliz de casarse. —Rápidamente, al escucharlo, dirijo mi mirada a Daniel quien me mira angustiado con sus hermosos ojos verdes—. Cuando me casé con tu hermana, me sentía el hombre más feliz del mundo. Reconozco la diferencia de un hombre que se casa por amor, a uno que lo hace por despecho.

—Daniel, yo... —pronuncio llena de temor.

—Tú lo amas, lo veo en tu mirada. No entiendo por qué no se dio una relación entre ustedes y no planeo saberlo. —Suspira—. A la verdad, tengo una idea de la razón por la que estás aquí. Yo no te culparé de nada, te apoyaré. Habla ahora.

Oigo al cura decir “que hable ahora o calle para siempre”.

Se hace el silencio, es mi última oportunidad.

Me pongo de pie con las manos temblorosas, todos los ojos en mí.

Todos miran horrorizados en la sala,

pero yo soy la única mirándote a ti.

No soy el tipo de chica

que debe irrumpir bruscamente en una ocasión de velo blanco,

pero tú no eres el tipo de chico

que debe estar casándose con la chica equivocada.

Me he levantado ante las palabras del sacerdote y por ello, mi respiración y mis latidos se aceleran como nunca en mi vida.

Todavía no puedo dar crédito a que mi conciencia y Daniel me apoyaran y me dieran el valor para que me levantara.

—Susan, ¿qué estás haciendo? —Pregunta Andrea indignada—. Siéntate, di que fue un error.

Niego entrelazando mis manos temblorosas y llenas de sudor por las decenas de miradas que apuntan hacia mí.

Aprieto mis labios y trato de sólo ver a Isaac que está en el altar para no retractarme, pero al detectar de vistazo a mi madre que se acerca a mí rápidamente, siento que todo en mí se desvanece.

—Hija, siéntate —dice ella en tanto dedica a los demás una sonrisa nerviosa—. Tú no eres el tipo de mujer que interrumpe una boda, ¿qué dirán las personas?

—No me importa, Isaac no se puede casar con la mujer equivocada —expongo dejándola impresionada y tomando algo de coraje, camino un par de pasos lejos de mi mamá para hablar al con voz fuerte—: Isaac y Rose no se pueden casar porque... —Mi voz falla al ver a la prometida de cabellos dorados que no tiene la culpa de nada.—. Rose, perdóname por arruinar un momento así. Tú y yo estudiamos juntas en la secundaria. Tal vez nunca fuimos amigas, pero te respeto y creo que tú te mereces algo mucho mejor que esto.

—¿A qué te refieres? —Indaga ella con tranquilidad.

—Isaac no se está casando contigo por amor, él lo hace por despecho —confieso aproximándome un poco—. Él se casa porque lo lastimé. A la única mujer que ha amado es...

—¡Fue suficiente! —Grita Isaac furioso—. Necesito hablar con ella. Regreso en seguida.

Rose asiente sin dar mayores dificultades e Isaac camina hacia mí enfurecido. Me sujeta del brazo y empieza a tirar de mí para que lo siga rumbo a la puerta trasera de la iglesia. Todos los presentes nos escrutan y una vez en el sitio donde se ha propuesto llevarme, Isaac me empuja hacia la pared y me observa disgustado.

—Jamás pensé que harías una locura. ¿Qué te sucede?

—Te di una oportunidad para que te arrepintieras y cancelaras la boda. No lo hiciste y yo... ¡No puedo dejar que te cases por rencor!

Y es aquí, cuando por primera vez dejo salir todo el miedo, la preocupación y el enfado en forma de un par de lágrimas.

Desde un principio, yo no quería que esto pasara. Lo único que imaginaba era que sucediera lo del último párrafo de esa canción.

Y tú dirás "Vamos a escaparnos.

Te veré cuando me quite el traje en la puerta trasera.

Cariño, no dije mis votos.

*Estoy tan contento de que estuvieses cerca
cuando dijeron: habla ahora"*

¿Por qué Isaac no pudo decirme esas palabras? ¿Por qué no quiso escaparse e irse conmigo? Y lo peor, ¿por qué no se inmuta a pesar de que me mira en este estado?

—¡Yo no quiero saber de ti! ¡Lo nuestro se acabó!

—No puedes decirme eso. Te amo y tú me amas. ¡Deja de ser idiota y entiéndeme!

—Tú entiéndeme a mí. Yo no quiero estar con una mujer amante del alcohol, del cigarro y que para colmo, es una prostituta.

—Yo no soy nada de eso, ya te lo expliqué —expreso en medio de mi dolor y limpio mis lágrimas—. Steven exageró. El me odia y por eso quiere separarnos. No escuches al gay

reprimido de tu primo.

—Deja de llamarlo gay —dice enojado.

—Lo llamo así porque lo es.

—No, no lo es. Steven me lo contó todo. No puedo creer que lo hayas odiado tanto como para decirle a toda la ciudad que era gay, sólo porque te rechazó.

—¿Qué? —Menciono desconcertada—. ¡Yo nunca he hecho eso!

—Claro que lo hiciste. Hace un par de años estabas enamorada de Steven. Él no te correspondía y tú trataste de hacer todo para seducirlo. No descansaste hasta que él te llevó a su cama. Luego de eso no quiso saber nada de ti y por eso le dijiste a toda la ciudad ésa mentira.

—¡Nada de eso es cierto! —Grito asqueada—. De ningún modo he estado enamorada de él así como tampoco me he acostado con Steven. Admito que he estado con muchos hombres, pero no con tu primo. Además, a él le gusta coger hombres, no mujeres.

—¡Cállate! No digas más mentiras.

—¡Tú cállate! Las cosas no pasaron así. Tu primo fue el que trató de enamorarme para cubrir las apariencias. Yo misma lo encontré teniendo sexo con un hombre.

—¡Eso es mentira! Steven fue tu primer hombre. ¡No lo niegues!

—¡Qué asco! —Grito con repugnancia—. Puedes acusarme de lo quieras, pero no de perder mi pureza con el imbécil de Steven. Cuando tuve mi primera vez fui muy consciente de ello y créeme, que no fue con él —Isaac aprieta sus puños, lleno de furia y yo me acerco a él para acariciar su rostro en tanto agrego con suavidad para que dejemos a su primo a un lado—: Reconozco que no soy la mujer que esperabas, más ambos podemos llegar a un acuerdo. Acéptame como soy.

—¿Y qué quieres que acepte? —Interroga tomando mis manos con ira—. ¿Quieres que me haga el ciego a tus adicciones y te aplauda si me engañas con otros?

Guardo silencio al entender dónde está el problema.

—Lo repetiré de nuevo, no soy ninguna adicta; bebo y fumo ocasionalmente. Y respecto a lo otro, nunca te traicionaré —pronuncio con sinceridad—. Jamás he sentido algo tan fuerte por un hombre y por ello siempre me he tomado el sexo como un juego, pero ahora estoy enamorada de ti y quiero ser sólo tuya. Si me aceptas, te juro que jamás me entregaré a otro.

—Yo no puedo hacerle esto a Rose —dice algo convencido.

—¡Claro que no puedes! Rose vivirá amargada al lado de alguien que no la ama. Ella se merece a un hombre que la ame en verdad y no uno que piense en otra. —Aproximo mi rostro al suyo—. Isaac, cuando la hagas tu mujer, pensarás en mí. Será de la misma forma como cuando yo pensé en ti cuando tenía sexo con ese hombre.

—¡No compares las situaciones!

—Está bien, no lo haré, pero... Te amo y tú me amas. Deja de darme un amor ortodoxo. Ámame libremente, sin reglas ni prejuicios. No me hagas pensar que este sentimiento, en absoluto, ha sido recíproco.

Isaac baja su cabeza, demostrándome de que está pensando la situación y yo no hago nada más que sonreír ante la esperanza que se presenta delante de mí. Después de todo, el que ya no haya gritos entre nosotros y vea a Isaac dudar, es un gran avance.

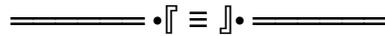
—Te amo tanto que acabo de hacer la tontería más grande de mi vida —comento mientras lo abrazo y doy otro argumento para que cambie de parecer—. Mi familia es demasiada ortodoxa y no desearán saber de mí por lo que acabo de hacer; los medios tratarán de arruinar mi carrera, pero nada de eso me importa. Yo lo estoy dando todo por ti. Por favor, haz algo por mí.

—Susan, yo... yo... —declara y me hace a un lado con determinación—. Lo siento, no puedo estar con la mujer que fue de mi primo. Tengo miedo de que no cambies y un día te encuentre con

otro hombre.

Mi corazón es partido y pisoteado. Es horrible el que Isaac no confíe en mí. Es pésimo saber que he lanzado mi vida a un precipicio y por nada.

—De acuerdo, ya no te insistiré más. —Saco de mi bolso el libro que le dediqué—. Quiero que al menos te des cuenta de que soy una mujer de palabra. Esto es lo que te prometí. —Coloco el libro en sus manos con la poca dignidad que me quede—. Espero que seas muy feliz con Rose. Por favor, dile que lamento mucho arruinar un día tan feliz para ella.



Han transcurrido días y semanas desde mi separación total con Isaac. ¿Estoy mejor? ¿El tiempo me ha sanado? No, definitivamente no. Sin embargo, siento que a diferencia de antes, no me siento tan mal y es que a la verdad, hice todo lo que estaba en mis manos para hacer que él cambiara de opinión. En síntesis, tengo la fortuna de no estar arrepentida de nada. En mi mente, no existe el «¿Qué cambiaría si hubiese hecho aquello?» y eso es reconfortante.

Suelto un suspiro y con algo de cansancio, sigo acomodando los libros de la pequeña biblioteca que tengo en mi apartamento de Nueva York y sí, tal y como prometí, volví para seguir con mi existencia y trabajar duro.

A estas alturas, no sé si algún día vaya a olvidar a Isaac, pero quiero perseverar. Y aunque todo es difícil respecto a mis sentimientos, estoy tratando de dar todo de mí para lograr convencerme de aquello que Joselyn y Arthur me han repetido hasta el cansancio: Si Isaac no se atrevió a amarme como soy, quizá fue lo mejor. Posiblemente, haya algo mejor para mí.

En este punto, debo admitir que la frase de mis amigos es dura de procesar, pero sé que es lo único a lo que puedo aferrarme para no romperme. Terminar destrozada no es lo que quiero ni anhelo y por ello, ya he dejado atrás los primeros tiempos de llanto y duelo. Esto ha sido por mí y porque no deseo que el mundo se alegre de mi desgracia. ¡Suficiente he tenido de las estupideces de la prensa amarillista! Estoy harta de que no entiendan que cualquiera puede cometer una locura por amor y que deseen arruinar mi carrera. Así, me he planteado levantarme.

En tanto continúo con mi trabajo matutino, oigo que la puerta del estudio se abre y no volteo mi vista pues intuyo que debe tratarse de Arthur que ha regresado de comprar los víveres. Por lo tanto, sigo arreglando mis libros aun cuando siento a mi amigo que camina detrás de mí.

—Ya casi termino de arreglar los libros —comento tomando un par en mis brazos—. No puedo creerlo, pero que es tal como dijiste. ¿De dónde sacaste eso de que si quiero poner un orden a mi vida, necesito comenzar con el orden de mi casa? Si es obra tuya, te recomiendo iniciar a escribir libros de autoayuda. —Río por lo bajo y al escuchar respuesta suya agregó—: ¡Qué humor! Espero que no sean los nervios por la boda, pero bien, cuando termine con esto iré con Joselyn para probarme mi vestido de dama de honor.

Me sitúo de puntillas para alcanzar el estante de novelas europeas que se haya a unos centímetros más de altura y al realizar esta acción, siento un par de manos que son colocadas con sutileza en mis caderas. De inmediato y por algo que no comprendo, dejo caer los libros al suelo.

—Te ves hermosa con lentes.

Una especie de corriente atrapa mi cuerpo ante este suave susurro y mi corazón pega un brinco al reconocer que esa no es la voz de Arthur, sino la de Isaac.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Pregunto girándome rápidamente—. ¿Vienes a decirme que estás feliz de estar con tu esposa?

Sin decir una sola palabra y estando a escasos centímetros, Isaac me aproxima a él y me besa

con pasión. Ante ello, por instinto le correspondo con la misma intensidad, más esto no dura mucho tiempo ya que luego lo empujo.

—¿Por qué me besas? Estás casado ¡Respeto a tu esposa!

—¿No lo sabes, Susan? Yo no me casé. Pensé muy bien las cosas y...

—No puedes hablar en serio, Isaac —Lo interrumpo sintiendo que mi pecho explotará—. Esto no es verdad. Por favor, no juegues conmigo.

—No estoy jugando, perdóname. Cometí un error contigo. Dame una oportunidad. Te amo y eres la única mujer a la que amaré. —Coloca sus manos en mi rostro y me da un beso—. Steven me dijo que tú jamás has tenido algo con él. Soy un idiota. No me importa si tomas o fumas. Quiero estar contigo y con nadie más.

Lloro pensando que esto es un sueño y para cerciorarme de lo verídico de la situación, vuelvo a besarlo con fuerza. Así, uniendo nuestros labios, comprendo que no quiero dejarlo. Tal vez Isaac se haya comportado de lo peor, pero no puedo renunciar a él.

—Te amo —digo resuelta. No obstante, para no caer en la parte ciega del amor y para también darme mi lugar, añado—: pero sólo si me aceptas como soy, regresaré contigo.

12 Epílogo

Me recuesto en la puerta, aprovechando ese instante en que mi maravilloso esposo y a mis hermosos hijos no se han percatado de mi presencia para observarlos jugando. Sin embargo, ese tiempo de contemplación no me dura mucho ya que Alejandro, mi pequeño de cabello negro y ojos castaños como los míos, voltea y me mira.

—¡Mamá! —Exclama emocionado y toma del brazo a su hermana—. Ainara, mamá ha vuelto.

—¡Hola, mis amores!

Ante mi saludo y el anuncio de mi presencia, ambos niños corren hacia mí felices. Y cuando los tengo de frente, los abrazo y los lleno de besos.

Una vez finalizada la sesión de cariño, ellos corren hacia los sofás y mientras yo marchó hacia donde están, Isaac se aproxima a mí y une mis labios con los suyos de forma corta a manera de bienvenida. Posterior, me uno a mi familia y me doy a la tarea de escuchar a mis mellizos hablar de su día.

Hace ocho años (que es el tiempo de vida de mis hijos) no hubiera creído que sólo escucharlos y verlos sonrientes me quitaría el estrés del trabajo. Es más, ni en mis mejores fantasías, hubiera pensado que tendría un par de niños tan lindos. Y es que tanto Ainara como Alejandro me parecen perfectos. El varón que concebí es una bendición y su hermana Ainara, no se queda atrás con sus angelicales cabellos cobrizos y sus orbes azules grisáceos como los de su papá. Ambos tienen un poco de Isaac y de mí que me encanta. De hecho, a su tierna edad, el pequeño hombrecito ya dice querer ser escritor como yo y la linda niña, desea ser arquitecta como Isaac.

Mientras pienso en quienes se han convertido en la luz de mis hijos y los escucho hablarme, no puedo evitar sonreír. Realmente, fue una buena idea la que tuvo Isaac de colocarles a nuestros hijos los nombres de mis protagonistas de «El despertar del Fénix» porque, con todo mi corazón, quiero que se mantengan como personas fuertes, valientes y sobre todo, libres.

—Creo que tienen sueño —dice Isaac sacándome de mis pensamientos y señalando a los pequeños que bostezan—. Será mejor que duerman.

De esta forma y entendiendo que es lo ideal, con un poco de resistencia de parte de nuestro hijos, tanto Isaac como yo los llevamos a su cuarto donde esperamos a que se acuesten para colocarles sus sábanas.

Así, junto a Isaac, espero a que los niños se duerman en la habitación que éstos comparten por

puro capricho y amor de hermanos y entretanto, pienso en lo que casi perdemos. Cabe destacar, que esto no lo menciono sólo por el hecho de que Isaac y yo estuvimos a punto de separarnos por los prejuicios sociales y religiosos o porque él estuvo a punto de casarse con otra, sino por todos los obstáculos que pasamos luego de ello.

Cuando Isaac y yo volvimos, las cosas fueron difíciles. Nada fue color de rosa ya que durante meses no tuve contacto con mi familia. Mi padre, madre y hermana rehusaban hablarme. Daniel trató de ayudarme, pero no consiguió mucho. Yo estuve a punto de tirar la toalla, más afortunadamente, mi sobrino abrió sus corazones con su llegada y ellos me recibieron cuando él cumplió cinco meses. De esta forma, Ernesto, el único sobrino que me dio Andrea, me brindó esa gran felicidad. Ése niño de cabello castaño y unos ojos verdes hermosos que comparte mi pasión por la lectura, me dio el mejor regalo del mundo.

Suspiro al recordar aquello y sostengo la mano de Isaac mientras veo a nuestros ángeles.

Si bien, nuestra vida de casados ha sido ardua, hemos superado obstáculos. Ahora, todo lo veo como un mal recuerdo, pero uno del cual todos salimos beneficiados.

¿Cómo olvidar que Rose terminó agradeciéndome por interrumpir su boda con Isaac? Aún me es difícil de creer, pero así fue. Inclusive, ella actualmente es mi amiga y es feliz estando casada con un hombre bueno que la ama como ella a él.

Y, ¿cómo negar que lo que pensé que arruinaría mi carrera dio el efecto contrario? Porque sí, mi vida profesional no fue tirada por los medios de comunicación sino que el escándalo empujó a lo sumo mi carrera. Fue tal el beneficio, que mi número de seguidores aumentó y publiqué la trilogía de mi novela y al día de hoy, estoy trabajando en un par de historias nuevas.

Además, como si esto fuera poco, el que también terminó ganando algo fue Steven pues éste, se armó de valor con nuestro ejemplo y anunció sus preferencias sexuales hace cuatro años. En esa época la noticia fue una bomba y más para sus padres quienes no quisieron saber de él por un largo tiempo, un periodo donde fue acogido por mis maravillosos suegros.

Respecto a esto último, para ser franca, Steven me agrada más que antes y creo que es porque odiaba el hecho de que fuera un reprimido. Y en esto, no hay que equivocarse pues él y yo no somos amigos ni nada. A la verdad, sólo lo tolero por ser parte de la familia de mi esposo y porque mis hijos lo adoran a pesar de que para ellos es complicado entender que al primo de su padre le gustan las personas de su mismo sexo.

—Cariño, los niños ya se durmieron —comenta Isaac colocando sus brazos alrededor de mi cintura y besando mi cuello—. ¿Vamos a nuestra habitación?

—¿Por qué no? —pronuncio con coquetería girándome para quedar frente a él—. Muero de deseos de estar contigo. Quiero que me hagas el amor.

Dicho esto, sujeto a Isaac de la mano, cierro el cuarto de los niños y marchamos a nuestra pieza en donde sin perder un segundo, mi amado esposo me demuestra su amor y deseo con suaves y apasionados besos y caricias.

Poco a poco, ambos nos despojamos de nuestras ropas ante el calor abrumador del deseo y es ahí, cuando pienso en lo bien que hice al ser prudente y aceptar la espera de tener relaciones sexuales con Isaac hasta casarnos.

No hay nada que haya valido más la pena que esto pues Isaac es un gran esposo, amigo y un amante de primera. De hecho, con él tengo más que suficiente y me atrevo a declarar que jamás he tenido mejor amante que él.

Amo a Isaac por completo. Amo su forma de ser y sobretodo, amo el que los dos por fin encontráramos un punto de equilibrio para amarnos sin que tuviéramos que renunciar a nuestra esencia porque él no dejó sus creencias religiosas, ni yo dejé de tomar y fumar esporádicamente,

sino que él ha mantenido su fe, pero se ha vuelto más flexible. En cuanto, a mí, dejé de tener sexo con muchos hombres porque Isaac es el único para mí. En resumen, ambos proclamamos: «Adiós, amor ortodoxo».

Acerca del autor

Julissa Sánchez Arias es una joven nicaraguense de 24 años, licenciada en Psicología y amante de la escritura que desde una tierna edad mostró ser una guerrera al batallar duramente desde su nacimiento contra una enfermedad que la aquejó hasta su casi entrada a la pubertad.

Sus inicios en la escritura se remontan a sus primeros años en la Universidad, en el 2015. Fue ahí, cuando se dio a la tarea de sacar a la luz sus imaginaciones al publicarlas en diferentes plataformas literarias. Y ahora, cinco años después, nos presenta aquella que fue su tercera obra: “Amor ortodoxo”, la cual nació producto de un reto literario que nunca llegó a concretizarse, pero que sirvió de base para su segunda historia romántica.

Esta joven muestra su flexibilidad artística al contar con escritos de diversos géneros como: ciencia ficción fantástica, romance, acción, terror, erotismo y demás. Por si fuera poco, está trabajando en nuevos proyectos que prometen agradar a todo tipo de público.